

Deposito para la Propiedad intelectual.
N.º 32.

CONSIDERACIONES

SOBRE

CALOBLOGIA,

Ó

CIENCIA DE LO BELLO Y LO SUBLIME:

Y

ECOS NACIONALES Á LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA;

POR

D. MARIANO LOSCERTALES,

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS, Y CATEDRÁTICO
DEL INSTITUTO DE LOGROÑO.



LOGROÑO:
Imprenta y librería de El Riojano.

1889.



C-39.599

Propiedad Intelectual. - n.º 32
860-4

A
629

CONSIDERACIONES

SOBRE

CALOGOGIA,

ORIGEN

CIENCIA DE LO BELLO Y LO SUBLIME:

Y

ECOS NACIONALES Á LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA;

POR

D. MARIANO LOSCERTALES,

DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS, Y CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE
LOGROÑO.

1.ª edición.



LOGROÑO:

B. 17.589

Imprenta y librería de EL RIOJANO:

1889.

Mariano Loscertales y Suñata.

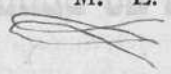
CONSIDERACIONES

CATEDRÁTICO

ES PROPIEDAD.

CIENCIA DE LO BELLO Y LO SUBLIME

M. L.



LOS NACIONALES A LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

D. MANUEL LOSERRALES

DOCTOR EN HISTORIA Y LETRAS Y CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE

LOGROÑO.

Manuel Loserrales



LOGROÑO

1880

APUNTES DE CALOLOGÍA.

TEMA.

El sublime: su comparación con lo bello.—Definición de lo bello y de lo sublime.—En qué se parecen y en qué se diferencian.—Relaciones de lo bello y lo sublime con la sensibilidad, la inteligencia y la actividad humana.—Su aplicación al arte literario.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE CALOLOGÍA.

1.º

PRELIMINAR HISTÓRICO.

Existe en el centro de Europa un pueblo de carácter bondadoso, franco, sincero, muy laborioso y apto para las ciencias, artes y literatura, en todos cuyos ramos ha tenido multitud de ingenios eminentes. Este pueblo de tal carácter y de genio meditabundo es la Alemania. Merecería por sus sabias especulaciones científicas, por el bello ideal de sus artes, por la profundidad y atrevimiento de sus concepciones, por su eminente literatura, ser considerado como el predilecto escogido para la civilización, si un hombre osado y apóstata no le hubiera legado el espíritu de constante protesta, que le hace ser inconsiderado con lo que mas debiera respetarse.

Ése espíritu de protesta y de independencia absoluta de la razón soberana del hombre ha hecho que aquella nación, queriendo emanciparse de la divina revelación, estableciese el culto de la razón individual, erigiéndola en árbitra y suprema autoridad.

Más, sin embargo de este ardiente y excesivo criticismo religioso, es preciso reconocer que enfrascados completamente los alemanes en especulaciones científicas por efecto de su carácter pensador, han dado por resultado muchos y muy variados sistemas de filosofía, profundizando en todos los ramos de esta ciencia con sin igual audacia, y viniendo por fin á crear un nuevo ramo en la ciencia; la Estética, en sus dos manifestaciones la Calología y Caleotécnia.

No es esto decir que los antiguos no conocieron la belleza y la sublimidad, puesto que hablan de lo bello, Platón, Aristóteles, S. Agustín; y del sublime, Cecilio, retórico siciliano del tiempo de Augusto, y Longinos. Pero Aristóteles confunde lo bello con lo sublime; Platón más idealista, se ocupa solamente de lo bello, viendo en la armonía la esencia que vivifica al mundo. San Agustín nos hace ver claro sobre la belleza, pues dice que un objeto es bello, cuando la semejanza, la igualdad, la conveniencia de las partes reducen el todo á una especie de unidad, que contenta á la razón.

Cecilio el retórico escribió sobre el sublime indicando en qué consistia, pero no da las reglas que deben seguirse para obtenerlo. Longinos quiso dar reglas, pero su pretensión de enseñar lo sublime anuncia ya que lo entendia en un sentido falso. En efecto, lo confunde á veces con lo bello, á veces con lo figurado; rara vez se eleva hasta la fuente del verdadero sublime, que es la potestad incommunicable del génio y del carácter moral.

Pero si los antiguos no cultivaban la Estética como ciencia ó teoría especial, sabian aplicar sus principios á las obras literarias y artísticas. Homero, anterior en mucho á los retóricos, supo pintar con admirable pincel lo bello en el escudo de Aquiles, lo sublime en el combate de los Dioses. Platón, en su República, presenta el bello ideal de la sociedad,

Fidias en el Júpiter Olímpico, Zeuxis en su famosa Venus urania pintan, este la belleza, aquel una mezcla de bello y de sublime. También los romanos son buenos retratistas de la belleza y de la sublimidad, sin ser grandes teóricos.

Aquellos hombres discurrían, copiaban lo perfecto de la naturaleza, sabían hacer bien las cosas, aunque no disertaran mucho sobre ellas. Y es que los antiguos tenían siempre delante un ideal, que era la hermosura de la creación; mientras los modernos, sin descuidar lo real, quieren imprimir á sus obras el sello del sentimiento, el cual, como cosa interna, es mas difícil de apreciar y de aplicar á las obras del arte.

Lo bello y lo sublime, como ciencia teórica, es invención de los tiempos modernos.

Ya Bacón de Verulamio, en el tratado de *Dignitate et augmento scientiæ*, destina en su filosofía una parte expresamente para tratar de la belleza. Pascal, sin tratar de Estética, produce la obra sublime de sus *Pensamientos*. Leibnitz y Wolfio concibieron la idéa de una ciencia particular de lo bello, cuando desarrollaron la *Armonia preestablecida*. Hutcheson escribió un tratado con el título de *Investigaciones* sobre las ideas de belleza y de virtud. Home, autor inglés, produjo unos *Elementos* de crítica sobre la teoría de lo bello y lo sublime. Distingue dos clases de belleza: una absoluta, y se la reconoce á la simple inspección de los sentidos, y la otra relativa, que depende del punto de vista bajo el que se miran las cosas. Compuso también unos elementos de lo sublime, que tuvieron gran boga. Buffón pinta á la naturaleza, bella ó sublime, sin haberse ocupado de teorías estéticas.

Pero quien ya redujo, como Home, la Estética á ciencia es Baumgarten. Fué el primero que ensayó reducir á sistema los principios y las reglas del gusto, é inventó la palabra *Æstética*, que ha quedado adoptada para la ciencia de lo bello y de lo sublime; *Calología*.

Definió este autor la Estética, la ciencia del conocimiento sensitivo: dividela en teórica y práctica; asigne sus caracteres, sus principios y sus reglas. Meier dió unos *Elementos* de bellas artes. Sulzer escribió

la *Teoría de las bellas artes*, obra que contribuyó prodigiosamente al progreso de las letras y de las artes en Alemania. Eberhard escribió un *Manual* de estética, obra clásica.

Kant elevó la estética á su mayor altura, sabiendo hacer la mas perfecta distinción entre lo bello y lo sublime, entre los objetos de una y otra clase, y entre el sentimiento de lo bello y el de lo sublime, Herder dió una *Estética*, obra apreciada. Schulz publicó una *Nota* sobre la crítica del gusto.

Massias, autor francés, compuso una *Teoría de lo bello y de lo sublime*: Ancillón, en sus *Misceláneas* de literatura y filosofía establece lo que es bello y sublime, y distingue con claridad estos dos sentimientos. Pero los que han establecido mejor la teoría estética, después de Kant, han sido Juffroy en Francia y Burke en Inglaterra, elevando esta ciencia á la altura que le corresponde.

Muchos otros literatos y filósofos en Alemania han tratado mas tarde la Estética con miras muy elevadas con relación al orden social, al moral, religioso, literario y artístico. Schiller recurrió á la naturaleza á la vez que al sentimiento; discute las razones de lo bello como sentimiento absoluto, sometido á leyes y condiciones precisas, elevando la Estética á la categoría de ciencia filosófica, haciendo juzgar por medio de la idea lo que aparece á los sentidos, y reducir á reglas lo que no es más que impresión. Fichte sometió el arte á la moral, haciéndose representante de la lucha del hombre contra la naturaleza, y del triunfo de la libertad.

La Estética quedó verdaderamente constituida con arreglo á la filosofía de Schelling, quien estableció que lo estético es el acuerdo de lo finito y lo infinito, de la existencia fatal y de la actividad libre, de la vida y de la materia, de la naturaleza y del alma; de donde resulta, que el arte es la mayor manifestación del espíritu. De esto nacieron los grandes estudios relativos á este noble ejercicio de las facultades; la consecuencia fué la restauración del arte cristiano, considerado hasta entonces como tosco y quimérico.

Hegel determinó mejor los límites del arte, colocándole inferior á la

religión, como presentando lo verdadero bajo forma sensible, y llegando al espíritu por medio de los sentidos y de la imaginación. Después de haber estudiado el arte en su manifestación histórica, dió la teoría de los artes particulares, determinando los principios y las formas esenciales de cada una, y formando de esta manera un sistema completo.

Sulze, en *Lamejor manera* de leer los clásicos á la juventud, saca de sus obras los artificios de bellezas nuevas, distinguiéndolas de lo bueno y de lo perfecto. Tieck eleva la crítica á la sublimidad moral. Los hermanos Federico y Guillermo Schlegel, aplicando la Estética á la literatura, deducen lo que sirve para representar las nacionalidades, y caracterizar el pensamiento íntimo de los autores y de los pueblos, de los sistemas políticos y aun de los sistemas religiosos. No estudiaron sólo las formas diferentes sino la razón de la existencia y de la duración de las diferentes legislaturas. No se ingeniaron tanto en descubrir defectos, como en aumentar el placer con la revelación de nuevos méritos en los originales, restaurando ruinas y resucitando civilizaciones.

El espíritu crítico y especulativo llegó á sus últimos límites en literatura, cuando después de haber analizado el corazón humano, supieron hacerle palpar, Mad. de Staël con un sentimentalismo delicado, y Goethe con su idealismo penetrante y escéptico, y su estilo humorístico. Vischer, Krug y Lemcke han querido resucitar la desnudez típica, que se atribuye á la belleza pagana, mientras Sto. Tomás y S. Francisco de Sales, y en nuestros días el místico Owerbeck, el nunca bastante ponderado Federico Schlegel, y el profundo Jungmann informan sus ideales bellos, vestidos con riquísimos ropajes de decoro, de virtud y de santidad, coronados con la espléndida aureola de la gloria eterna; su tipo la imagen de Dios sobre la tierra.

Así se ha ido desarrollando esta ciencia, que no deja de ocupar también á algunos ingenios, ilustrados y profundos pensadores españoles, honra de nuestra patria.

Pagaré, nombrándoles, su merecido tributo á algunas de las autoridades científicas indicadas, de quienes haya tomado ideas, porque yo no

había de pensar ni hablar en ciertos casos mejor que ellas, tratándose de puntos tan culminantes en Estética.

Voy pues á discurrir, aunque con temor, sobre un tema difícil, importante y muy superior á mis fuerzas. El punto es, como se anunció al principio:

“Del sublime: su comparación con lo bello.—Definición de lo bello y de lo sublime.—En qué se parecen y en qué se diferencian.—Relaciones de lo bello y de lo sublime con la sensibilidad, la inteligencia y la actividad humana.—Su aplicación al arte literario.

2.º

PARTE TEÓRICA.

« **El sublime: su comparación con lo bello.** »

El yo humano se desenvuelve porque su naturaleza le impulsa á ello. Este desenvolvimiento del alma revela en el hombre una fuerza interna, que es sensible, inteligente, activa, libre y poderosa; pues produce actos de sentimiento, de inteligencia, de voluntad, de libertad y de poder. Y no puede menos de ser como es y la concebimos, ni ser de otra manera, pues no viviría, porque la vida de un ser no es otra cosa que el desenvolvimiento de su naturaleza. Vivir por una fuerza es obrar, y la vida y la acción del alma se manifiestan de varios modos. Vive el alma cuando siente, vive cuando conoce, cuando quiere, cuando elige y cuando desarrollándose del todo, si así puede decirse, ostenta un poder y una voluntad incontrastables.

Nuestro yo vive por lo que es; y por consiguiente no ejercita su poder, ni su libertad, ni su inteligencia, ni su sensibilidad, solamente por satisfacer la inclinación de estas facultades, sino por una especie de necesidad de acción. No somos dueños de escoger entre vivir y no vivir, entre obrar y no obrar, sentir ó no sentir, conocer ó no conocer, entre ser de tal naturaleza ó de tal otra: porque vive y existe nuestra

alma, no puede menos de pensar, sentir y querer. Estas facultades son anteriores y superiores á nuestro poder, vinieron con nosotros, son las condiciones de nuestra existencia, y por lo mismo obran continuamente en nosotros, sin nosotros ó con nosotros, en pro ó en contra nuestra, y muchas veces á pesar nuestro.

Hay en nosotros tres pasiones, que prueban este aserto; tales son la curiosidad, la ambición y el amor á la independencia. Si nuestra naturaleza pudiera desenvolverse sin obstáculos y de un modo ilimitado, sería tan poderosa, tan inteligente y tan libre, que no tendría que aspirar á mayor poder, á mas vastos conocimientos, á una libertad mas perfecta.

Considerando en nosotros las tres pasiones citadas, observamos que nuestra fuerza no tiene bastante expedito el campo de su acción. ¿De dónde nacen los obstáculos? de la unión del alma á una naturaleza opuesta, material é inerte, mientras la anímica es inmaterial y activa. Nuestros órganos son unos instrumentos necesarios, inevitables y limitados, tan impotentes de suyo, que por todas partes hallan la resistencia negativa de la materia. Si las fuerzas fueran puras, ó sin materia resistente, se desenvolverían al infinito y no se perjudicarían; mas en esta lucha hay mucho bien; quítense los combates, exclúyanse los límites, nada resista, y se acabó el choque de las pasiones; ya no hay vida manifiesta, ni mérito, ni demérito, ni nada importante en nuestro modo de ser.

Todas las trabas, todas las causas que limitan la fuerza, provienen de esa naturaleza que contraría á la nuestra, y á la cual sin remedio estamos ligados; esa naturaleza se nos opone. ¿Qué somos nosotros, qué es nuestro yó? Fuerza, espíritu, vida. ¿Qué es nuestro cuerpo, qué es lo opuesto? Inercia, materia, muerte.... Así es como se ve en nosotros una lucha perpétua entre nuestro yo y el nó yo.

De aquí proviene el que en los seres, que como nosotros son un compuesto de dos naturalezas, la vida y la muerte, cuando vemos triunfar en ellos á la naturaleza que representa la vida, quedamos satisfe-

chos; cuando por el contrario triunfa sobre ellos la inercia, sufrimos porque el objeto que los vence nos repugna.

Aplíquese esta ley á todos los objetos que nos agradan ó desagradan, y se reconocerá la exactitud de la observación. Los cuerpos inertes nos desagradan, no porque no encierren fuerza, sino porque en ellos la fuerza se ve ahogada por la materia. Las plantas nos agradan comparativamente mas, porque en ellas la vida se manifiesta con ventaja; y pasando de estas á los animales y á la especie humana, el placer viene á ser mas vivo, á medida que se manifiesta mas el triunfo de la actividad.

¿Por qué los árboles que se elevan con vigor hácia el cielo, las plantas que se destacan con facilidad y gracia de la tierra nos agradan, y las rastreras nos inspiran cierta repugnancia? ¿Por qué los animales inmundos que se arrastran por la tierra, ó se mueven pesadamente nos disgustan, y las especies ligeras ó fuertes, como las aves, los cuadrúpedos ágiles y vigorosos nos complacen? ¿Por qué se hace notar la misma diferencia entre las impresiones, que nos causan los hombres groseros, torpes y perezosos, y los lijeros, activos, fuertes é inteligentes? Todo proviene de un mismo principio.

Cuando las fuerzas exteriores no exceden á los efectos de nuestra propia fuerza, entonces la impresión es puramente agradable, es el sentimiento de lo agradable. Así el ave lijera, que hiende rápidamente los aires, es un objeto agradable y el placer que nos produce es puro; pero veamos al águila que en un instante traspone las nubes con su vuelo impetuoso, llevando consigo la débil presa, y vemos ya que su fuerza sobrepuja á la nuestra; al sentimiento del placer, que experimentamos, se mezcla un cierto sentimiento de temor ó inferioridad; aquí comienza lo sublime. Miremos al caballo fogoso en completa libertad, al león erizado con su terrible melena, y aunque estemos al abrigo de todo peligro, viene á mezclarse á la dilatación de nuestro corazón cierto movimiento de concentración; este es el sentimiento del

sublime. Lo mismo, que pasa con esto, sucede á la vista de los grandes fenómenos de la naturaleza,

¿Cómo, pues, se distingue lo sublime de lo agradable? No se distingue por su principio, sino por la cantidad de desenvolvimiento de su principio; en ambos casos lo que nos agrada es la vida que en ellos se descubre. En lo agradable es menos grande el placer, pero mas puro; en el sublime es mas vivo, pero esta mezclado con otros elementos. Se pueden distinguir tres principales: 1.º un principio de temor; 2.º un sentimiento de inferioridad que humilla; 3.º la esperanza de que un dia nuestra naturaleza, libre de sus cadenas naturales y en posición de desplegarse con todo el poder que en ella sentimos, igualará y superará en su desenvolvimiento á todo cuanto vemos.

Tal es el sublime, tal es lo agradable; pero ¿y qué es lo bello? Trátemos de explicarlo.

La vida nos agrada; mas esta vida puede manifestarse con armonía y unidad, ó en desorden y sin armonía. Cuando bajo la manifestación de la vida la razón concibe la armonía y la unidad, entonces es cuando comienza á aparecérsenos lo bello, y con él el sentimiento especial que excita. Lo bello es concebido por la inteligencia bajo la variedad que nos descubre la vista, bajo esa variedad que puede agradarnos ó desagradarnos, según que ella manifiesta el triunfo de la fuerza ó de la inercia; bajo esa variedad que cuando nos agrada, puede causarnos el placer puro de lo agradable, ó el placer mezclado del sublime. De aquí viene que el placer de lo agradable y del sublime se manifiestan inmediatamente, mientras que el de lo bello aguarda la concepción, que tarda más ó menos en declararse. Para apreciar lo sublime y lo agradable basta observarlos. Para apreciar lo bello es preciso abrazar la relación de las partes visibles y descubrir en ellas la armonía, signo de la unidad oculta. Por esto es por lo que el gusto, que aprecia lo bello es susceptible de educación, de perfeccionamiento, de depravación y de precisión, etc.; es en efecto un acto de inteligencia. El gusto, que aprecia lo sublime y lo agradable, no es susceptible de esto. Todos los hombres

ven lo que es visible, poco más ó menos de una misma manera, no todos comprenden igualmente lo que es inteligible. Por esto nuestros juicios sobre lo bello varían poco, y los que recaen sobre lo agradable y lo sublime varían mucho. La armonía y el orden, bases de lo bello, son ideas absolutas.

Distinguimos pues lo bello, lo agradable y lo sublime. Lo agradable y lo sublime son el triunfo de la vida en dos grados diferentes; lo bello es la unidad armónica de esta misma vida.

En el fondo, la naturaleza humana es lo que se ama y se encuentra en lo bello, lo sublime y lo agradable; es su unidad lo que ama en lo bello, y su vida variada y mágica lo que ama es lo agradable y lo sublime, con esta diferencia, que ama en lo agradable y en lo bello su vida tal como es actualmente, y en el sublime la vida tal como deberá ser en su destino futuro.

El colmo del placer nace de la unión de lo bello con lo sublime y lo agradable; con lo agradable es simplemente un placer, con lo sublime es también un placer, pero mucho más delicioso; la naturaleza ó temple de las almas determina sus inclinaciones, siendo unas atraídas por lo agradable, otras por lo sublime, todas igualmente por lo bello.

Existen pues en el hombre los tres sentimientos de lo agradable, de lo bello y de lo sublime, se notan en nosotros los efectos de estos sentimientos, satisfacen grandes necesidades y aspiraciones de nuestro ser anímico, los perciben en mayor ó menor escala todos los individuos. Sepamos por tanto distinguir estos sentimientos, modelándolos en una fórmula mas concreta, después de las explicaciones precedentes, y dando la definición de cada uno para hacer ver su parecido y sus diferencias.

3.º

„DEFINICIÓN DE LO BELLO Y DE LO SUBLIME.—EN QUÉ SE PARECEN Y EN QUÉ SE DIFERENCIAN?“

Hay en el ser anímico dos clases de sentimientos; unos que pudiéramos llamar puros, ó sin mezcla, y otros complexos ó mezclados de algo. Los primeros nacen directamente de nuestra sensibilidad; ella los for-

ma y á ella se refieren en último resultado; tal es el sentimiento de lo agradable. Otros no son atribuidos exclusivamente á la sensibilidad, porque un análisis riguroso nos hace ver, que poco ó ningún efecto producirían sin la cooperación de la inteligencia y de la actividad anímica; tales son los sentimientos de lo bello y de lo sublime, que suponen en nosotros gran desarrollo de actividad y de inteligencia, mientras el de lo agradable no exige en último análisis mas que la acción de la sensibilidad.

¿Qué son, pues, los sentimientos de lo bello, de lo sublime y de lo agradable? Lo agradable como sentimiento es la capacidad que nuestra alma tiene de percibir el asentimiento á un placer, que experimenta, y como efecto es la impresión satisfactoria que notamos, cuando á la vista de un objeto nos detenemos gustosos en considerarle bueno, ó conforme con su destino. Lo bello es la emoción agradable que hacen nacer en nosotros, en todos los hombres, ciertos objetos cuando imaginamos ó creemos que hay en ellos alguna perfección, alguna excelencia real ó ideal; y son objetos bellos los que presentan al hombre la mayor variedad con la mayor unidad posible, satisfaciendo así de un modo fácil y armónico las necesidades de la imaginación por medio de la variedad, y los de la razón por medio de la unidad. No podemos definir adecuadamente la belleza, porque es una idéa pura, y las ideas puras no son susceptibles de definición por causa de su misma simplicidad; pero si no podemos dar una definición exacta de la belleza, podemos darla á conocer con alguna aproximación á la verdad, diciendo con el profundo Jungmman; que la belleza de las cosas no es realmente sino aquella propiedad de las mismas en cuya virtud son dignas de ser amadas, aquella propiedad con que se atraen nuestra benevolencia, nuestro amor propiamente dicho, según que esta propiedad, cuando contemplamos las cosas, es á nuestros ojos, precisamente por el amor que despierta su belleza, la razón del deleite espiritual que sentimos al percibir las.

Y entendemos por sentimiento de lo sublime una emoción íntima,

profunda, mezcla de admiración y de respeto, de alegría y de tristeza, que producen en nuestra alma algunos objetos, ya del mundo físico, ya del orden intelectual ó del moral, cuando en su contemplación sentimos ó presentimos lo infinito, y formamos una alta idéa del poder y dignidad de nuestro principio anímico. Tampoco podemos definir bien la sublimidad, como no digamos que es el paso de lo finito á lo infinito; pero como no conocemos los límites de la idéa negativa infinito, puesto que siempre tropezamos en lo finito y nunca pasamos de él mas que en la aspiración ó deseo, claro es que no podemos definirlo sublime.

Son la de la belleza y sublimidad dos idéas que se sienten bien, se perciben allá á lo lejos, pero no pudiendo comprender claramente lo que son ó en qué consisten, tampoco podemos comunicar á los demás otra cosa que sus efectos. Acaso no sean mas que puras concepciones, según aseguran la escuela escocesa y la kantiana, ó bien, en mi opinión, manifestaciones de cosas superiores que solo se nos dejan aparecer como un ideal, que revela lo que debiera ser ó lo que es en efecto la esencialidad de los seres; pero que se halla cubierta con un velo, que excita nuestra curiosidad las más de las veces en vano. Es una especie de consuelo que nos da la Providencia, un estímulo para aspirar á cosas mejores y mas perfectas de las que perciben nuestros sentidos. Es la sublimidad una medida extraordinariamente alta, una plenitud de bondad intrínseca, considerada como principio de un afecto del corazón compuesto de amor y de respeto, por lo cual la cosa sublime es para nosotros, si la contemplamos, la razón de un gozo profundo mezclado de admiración, de un deleite suave, pero grave á un mismo tiempo.

Pero estas ideas de lo bello y de lo sublime, aunque simples, son observables, son hechos de experiencia; y hé aquí por qué, si no podemos demostrarlas, podemos muy bien sentirlas, y comunicar á los demás hombres el modo con que se presentan en nosotros.

Vengamos ahora más terminantemente á la comparación entre lo bello y lo sublime, marcando bien en qué se parecen y en qué se diferencian estos dos sentimientos.

Siendo dos sentimientos complejos el de lo bello y el de lo sublime, y procediendo ambos en primer análisis de un mismo principio, el yo subjetivo, parece que los dos deben tener entre sí conexión íntima, y por lo mismo tener gran parecido. Desde luego aparece uno mismo su origen ó fundamento, la sensibilidad agradablemente excitada en ambos casos, y uno mismo el efecto que producen, el placer en mayor ó menor grado, más ó menos intenso, más ó menos desarrollado. Los dos son en su fundamento sentimientos complejos, los dos producen fenómenos análogos. Uno y otro causan un placer puro y casi celestial, los dos animan al alma, le hacen ver la esencia de su ser, la perfección de su naturaleza. Ambos le hacen conocer su fin, la animan á la consecución de ese mismo fin, haciéndola más ligera, más suelta, más libre de los lazos que la cohiben. La contemplación de lo bello y de lo sublime, haciendo conocer al hombre la dignidad de su ser y el perfeccionamiento á que puede aspirar, le elevan sobre todos los seres de la creación; le hacen comprender que es más que ellos, que es un rey en medio de la naturaleza, á la cual domina; y, en fin, que se deifica en cierto sentido, cumpliendo de una manera ostensible el destino superior que Dios le ha dado, haciéndole á su imagen y semejanza.

Los que sostienen la teoría de que lo sublime no es más que una belleza, cuya compresión se escapa á la mente y que no podemos explicar, encontrarían indudablemente mayores semejanzas entre lo bello y lo sublime. Pero si es cierto que existen semejanzas muy notorias entre estos dos sentimientos, considerados en el principio sobre que radican y en muchos de los efectos que producen, no es menos cierto, como han observado algunos filósofos alemanes é ingleses, que existen diferencias muy sensibles, ya se consideren también en su principio, ya en los mismos efectos. Establezcamos que estas diferencias son hechos comprobados por la experiencia y el sentido íntimo.

Y desde luego no tendré inconveniente en afirmar, que los dos sentimientos de lo bello y del sublime son diferentes, apoyando mi aserto en la autoridad de algunos filósofos ilustres.

No todos están acordes sobre la significación de estas dos palabras *bello* y *sublime*. Porque no se han separado los objetos bellos de los sublimes, se les ha concebido como un sentimiento considerado en varios grados, y por esto se han usado indistintamente las palabras bello, más bello, muy bello, sublime, como una sinonimia gradual. No estando conforme con esta teoría, por creerla opuesta á la experiencia de los hechos y á lo que parece revelar el sentido íntimo, diré las razones en que se apoya mi creencia, valiéndome antes de algunos ejemplos que ilustren este punto.

Unas largas cadenas de montañas, cuyas cimas van á perderse en los cielos y cuya extensión parece abarcar el globo, son sublimes; una colina cubierta de césped, un valle pequeño, extenso ó dilatado sembrado de árboles llenos de frutos y de plantas de variadas flores, son bellos; el mar en calma y majestuoso, ó combatido por tempestad furiosa, como nos le pinta Virgilio en el libro 2.º de la Eneida, es sublime; un pequeño lago sembrado de sauces, y en el cual se divisa variedad de aves acuáticas, diferentes pececitos, dejándose oír en los árboles el melodioso acento de simples pajarillos, es bello. Un inmenso río, como el Missisipi ó el sagrado Ganges, que se precipitan como torrentes impetuosos, y que mezclando con otros sus caudales se agitan espumosos como el grande Océano en las tormentas, y que chocando primero y confundiéndose después en su curso, atraviesan ilimitadas campiñas para llevar al mar una guerra formidable, en vez de rendirle respetuoso tributo, son objetos sublimes; un límpido arroyuelo, que serpentéa un valle, es bello. Una pradera esmaltada de flores es bella; las vastas soledades del desierto de la Sahara ó de Cobi, contemplándolas desde un oasis, son sublimes. Los antiguos y sombríos bosques, donde recogían sus inspiraciones los druidas, el estallido del rayo, la vista de una deshecha borrasca, el silbido terrible del huracán, las inmensas nubes de arenas levantadas en el desierto por el *Simoun*, la vista de un espantoso precipicio, son sublimes; algunos vallecitos cubiertos de césped, de florecitas, de humildes matorrales, el canto melodioso de las

aves, al efecto ondulante que produce un campo de dorada miés, agitada por la suave brisa de los céfiros, son bellos. El león en campo libre ó encerrado entre los hierros, el caballo bravío que atraviesa el llano relinchando con erguido cuello, ó el que orgulloso lleva sobre sus lomos al valiente jinete que vate sus ijares, son sublimes; la lijera gacela de preciosos ojos y pintada piel, ó el pavón de mágico y variado plumaje, son bellos.

Hé aquí cuanto necesito para indicar lo que entiendo por bello y por sublime. Se trata, pues, de establecer que hay una diferencia esencial entre el sentimiento, que experimentamos á la vista de los objetos sublimes y el que nace en nosotros á la de los objetos bellos. Para esto estableceré la diferencia de dos maneras: 1.^a mostrando que existe entre los efectos y las causas de estos dos sentimientos, es decir, por experiencia; 2.^a invocando el testimonio del sentido íntimo, que confirma esta diferencia.

Y ateniéndonos á los signos mas sensibles, podremos convencernos de la diferencia de estos dos sentimientos. Se sabe que el rostro humano es el espejo del alma. El hombre paciente no tiene la fisonomía del hombre furioso, ni el que está lleno de una grande alegría la del que aparece abatido por el dolor. Los sentimientos diferentes se pintan en nuestra fisonomía con rasgos diferentes. Que se me diga pues, ¿porqué el semblante humano no es el mismo cuando experimenta el sentimiento de lo bello, que cuando percibe el del sublime? Cuando el viajero se detiene á la vista de los altos picos del Himalaya ó se sienta silencioso á orillas del anchuroso mar, ó bien fija sus miradas en un bosque sombrío, ó cuando contempla las aguas puras de una fuente cristalina; ¿sus ojos, su boca, todos los rasgos de su fisonomía, no experimentan sentimientos diferentes? El aspecto tranquilo de la noche y la vista risueña de un día sereno ¿no dan á nuestro rostro diferentes caracteres? Es un hecho incontestable; así á dicho Kant: "Un hombre en quien obra fuertemente el sentimiento del sublime tiene el aire sério, algunas veces asombrado y fijo; mientras que la viva sensación de lo

bello se anuncia por el resplandor brillante de nuestros ojos, por la sonrisa, y algunas veces por una alegría estrepitosa.,

La diferencia de los sentimientos de lo bello y del sublime se manifiesta tambien en las disposiciones, en que nos pone la vista de los objetos. Burke ha notado muy bien que nosotros amamos la belleza. Y en efecto, aunque la palabra *amar* no sea muy exacta, es al menos la que expresa mejor ese sentimiento benévolo y afectuoso, que nos inspira el objeto bello. El objeto sublime, por el contrario, no nos pone en ninguna disposición semejante; nosotros ni le amamos ni le aborrecemos; nos une á él por cierto poder indefinible, que nada tiene de común con esta afección benévola, que nos lleva hácia el objeto bello. Y lo mismo, cuando el sentimiento del sublime obra con cierta fuerza, la disposición que sentimos hácia el objeto se parece casi al temor, pero á un temor que no tiene nada de desagradable, y que está exento de aquella inquietud y malestar, que constituyen al verdadero temor. Nosotros quisiéramos acercarnos mucho al objeto bello, y por decirlo así, ponernos con él en una relación más inmediata; en lugar de que no nos atrevemos casi á aproximarnos al objeto sublime, que parece inspirarnos cierto religioso terror.

Mas es preciso no confundir esta especie de terror, que nos produce el sublime, con el sentimiento del sublime; del mismo modo que es menester distinguir el amor, que nace en nosotros hácia el objeto bello, del sentimiento propio de lo bello. Cuando un objeto bello hiere mi vista, siento inmediatamente cierto placer que es el sentimiento propio de lo bello, y enseguida me encuentro dispuesto á amar el objeto que lo ha producido. De la misma manera, al aspecto de un objeto sublime, experimento desde luego el sentimiento propio del sublime; después siento en mí cierta disposición semejante al temor.

Además de esta disposición particular en que nos ponen, bajo el punto de vista de sus objetos, los dos sentimientos de lo bello y del sublime, nos sentimos también en el momento que los experimentamos en ciertas disposiciones generales infinitamente curiosas, cuyos resultados

prueban bastante claramente la diferencia de ambos sentimientos.

Me parece, dice Jouffroy, que el sentimiento del sublime revela en nosotros todo lo que hay de grande, noble y sério en nuestra naturaleza; nos eleva sobre nosotros mismos, nos dispone al desprecio de lo que es vil, y nos anima á los sacrificios generosos y á las virtudes severas. El sentimiento de lo bello excita por el contrario todas las afecciones benévolas de nuestro corazón; nos dispone al amor, á la amistad, á los sentimientos nobles, á las pasiones dulces. El primero lleva consigo las ideas graves, tristes, religiosas; el segundo las ideas agradables, vivas y alegres. El sentimiento del sublime nos hace replegar sobre nosotros mismos; nos entrega á la meditación, á la contemplación y á veces al éxtasis. El sentimiento de lo bello nos distrae de nosotros mismos, y nos conduce á la acción y á la vida exterior, tiende á difundirse por de fuera, es abundante en palabras; mientras el del sublime es recogido, silencioso y casi mudo; puede decirse con alguna verdad, que este es solitario y el otro social.

Así, nosotros encontramos poca semejanza en las diversas afecciones, que nacen en nosotros con ocasión de los dos sentimientos de lo bello y lo sublime. Si de la consideración de los efectos, que producen, pasamos á las causas mismas de los dos sentimientos, nos convenceremos mas y mas de la diferencia que entre ellos existe.

Burke se expresa así en sus investigaciones sobre Estética: Los objetos sublimes son grandes en sus dimensiones, los bellos son comparativamente pequeños; la belleza es unida y fina, lo sublime rudo y desdeñoso; la belleza huye la línea recta y se aleja de ella desviándose insensiblemente, lo sublime en muchos casos se une á la línea recta, ó se aparta de ella por medio de algunos rasgos de ingenio fuertes y pronunciados; la oscuridad es enemiga de lo bello, lo sublime se cubre de sombras y tinieblas; en fin, la lijereza y la delicadeza se unen á lo bello, cuando el sublime pide la solidez y las grandes masas.

Es preciso, según Kont, que lo sublime sea siempre grande, lo bello puede extenderse á cosas muy pequeñas. Lo sublime debe ser sencillo,

lo bello admite la elegancia y los adornos. Los límites son inseparables de lo bello, lo sublime puede ser ilimitado, y el placer, que proporciona su contemplación, es aumentado por la ausencia misma de los límites.

Examinando la cuestión muy atentamente, podremos hacernos las siguientes reflexiones, que prueban lo dicho por los filósofos citados.

Sin embargo de que el sentimiento del sublime al manifestarse se asemeja en no pocas cosas al de lo bello, son con todo muy diferentes uno de otro. En efecto, lo bello hace relación á la forma del objeto, y esta forma consiste en límites precisos; lo sublime por el contrario se halla á veces en un objeto informe ó ilimitado. El placer que nos proporciona lo bello se funda mas en la cualidad que en la cantidad; el sentimiento que procede de lo sublime se apoya mas en la cantidad que en la cualidad. El primero no puede darse sin la percepción fundada ó infundada de la armonía de las partes con el todo, y no pocas veces es precedido de la percepción de proporciones exactas y severas; el segundo depende de cierta cosa indefinible, incomensurable, ilimitada, y consiste en el sentimiento ó presentimiento de lo infinito. La contemplación de lo bello da desde el principio cierta animación y excita las fuerzas vitales; la contemplación del sublime no produce al principio sino un cierto estupor, consistente en una especie de compresión de las fuerzas vitales que se detienen momentaneamente, pero que bien pronto vuelven á entrar en una grande actividad y por decirlo así, se despliegan en una súbita y grande efusión de sentimiento. Por último, el sentimiento de lo bello es muchas veces un placer puro, y se presenta muy presto en el hombre; mas el sentimiento de lo sublime no se da, á mi parecer, hasta que está desarrollada la razón, y aunque en el fondo es también agradable, viene acompañado y precedido de un cierto sentimiento de tristeza. La belleza, por fin, conduce al hombre á todo lo que es dulce, noble y generoso, al amor verdadero: la sublimidad nos inspira en la ciencia el heroísmo; en el amor á la patria, el sacrificio; en moral la abnegación mas absoluta; y en reli-

gión, el martirio. Hasta aquí los hechos de observación y de experiencia.

Vengamos ahora á la conciencia, y su infalible testimonio nos enseña, que son de diferente naturaleza los dos sentimientos de que vamos hablando.

Un ejemplo: Cuando se afirma que la sensación de lo dulce es diferente de la de lo amargo, si se me mandara demostrarlo, respondería; Hágase la prueba; pues lo mismo sucede en el caso presente. El sentimiento de lo bello es diferente del sentimiento del sublime; este es un hecho de experiencia que se puede confirmar, y no un teorema que se deba demostrar.

Para probar una diferencia entre dos cosas es preciso definir las ambas, es decir, descomponer á cada una en sus diversos elementos, y manifestar que estos elementos son diferentes.

Desde el momento en que mi conciencia me ha dicho, que á la vista de los objetos bellos y de los sublimes experimentaba sentimientos diferentes, esta diferencia llega á ser para mí un hecho indubitable; si no creo en su testimonio, es preciso que renuncie á toda certidumbre.

¿Cómo se puede afirmar la diferencia entre dos sentimientos? dando á los objetos, que los hacen experimentar, epítetos también diferentes. Así es como distinguimos los sonidos, los colores, las formas, etc.; porque es un principio, que de sensaciones diferentes se deducen cualidades diferentes en los objetos, y de sensaciones semejantes cualidades también semejantes. Siempre, pues, que los objetos me hagan experimentar sensaciones distintas, debo darles calificaciones diversas; si les doy la misma, oscurezco lo que es claro, y confundo en el lenguaje lo que es distinto en la naturaleza. El sentido interior, pues, puede hacernos conocer la diferencia entre lo bello y lo sublime.

Algunos escritores de estética habiendo visto, ó entrevisto, que el sentimiento del sublime es más vivo que el de lo bello, y que en general los objetos sublimes sobrepujan en grandor á todos los objetos bellos, han concluído de aquí que el sentimiento del sublime era el su-

perlativo del de lo bello, y que los objetos sublimes son los mismos objetos bellos aumentados. De aquí ha nacido la doctrina que pudiéramos llamar *del superlativo* en Estética.

Estos han colocado en la misma clase de objetos y calificado con el mismo nombre de bellos, las altas montañas cubiertas de nieve, los vientos desencadenados, la mar alborotada, etc., lo mismo que una rosa, una mariposa; objetos que nos afectan de bien distinta manera.

Hase dicho, que lo bello admira, asusta, asombra, arrebató, etc. Estos efectos no vienen bien, ni á la rosa ni á las mariposas. El asombro nace de la novedad y grandeza de un objeto, no de la belleza. Si una cosa bella nos asombra á primera vista, no sucede lo mismo por la segunda vez que la vemos, y sin embargo nos agrada todavía.

Ignoro si los que pretenden, que el sentimiento del sublime es un superlativo del de lo bello, deben este conocimiento á su propia experiencia; para mí es evidente, que hay entre los dos sentimientos diferencia de naturaleza y no de grados; pues que entre la impresión sentida á la vista de los Alpes y el sentimiento que percibo á la vista de una rosa, siento dos placeres de distinta naturaleza, y siendo así debo darles nombres diferentes.

Pero se dirá: ¿cómo distinguir la diferencia de naturaleza entre dos placeres, de la diferencia de grados? Fácilmente. Déseme agua un poco azucarada y la encuentro dulce; póngase mucho azúcar y me parece más dulce. Échese en esta agua algunas gotas de licor de rosa, y aunque encontraré todavía placer al beberla, sabré distinguir bien éste placer del otro, y diré que es de naturaleza diferente. Del mismo modo, yo veo un vergel y lo encuentro bello; hermoseésele cuanto se quiera y no pasará de muy bello: pero que me trasladen á un dilatado y sombrío bosque, sentiré también placer, pero la sensación será de muy diferente naturaleza: Distinguimos, pues, entre diferencia de naturaleza y diferencia de grados.

La gran razón de los defensores de la doctrina, que combato, es que los objetos sublimes no son más que los objetos bellos agrandados.

Aquí parece que no se trata más que de alargar las proporciones de un objeto bello para hacerle sublime, ó de acortarlas para volverle á lo que era; pero desde luego, esta manera de concebir lo sublime es contraria á un gran número de hechos. Se dirá que los Alpes son el superlativo de una colina, el mar el superlativo de un arroyo ó de un lago, y un bosque el de una alameda? un superlativo es el adjetivo modificado; pero no cambiado. Y si se dice: Añadid árboles á un vergel y tendreis un bosque, agua á un río y tendries el mar... Responderé: Que un bosque no es un vergel, ni el mar un arroyo estancado; aquí se cambia el objeto, no se le modifica.

Todavía más: el sentimiento del sublime es para mí un hecho enteramente distinto en su naturaleza del de lo bello. Yo no podré quizás decir *a priori* en qué se diferencian, porque no sé definir los sentimientos simples; pero estoy tan seguro del hecho, como lo estoy de que lo blanco no es lo negro.

4.º

„APLICACIÓN DE LA TEORÍA DE LO BELLO Y DE LO SUBLIME.—RELACIONES DE LO BELLO CON NUESTRAS FACULTADES ANÍMICAS, Y CON EL *arte literario*.„

En lo expuesto anteriormente dejo reducido mi trabajo á presentar como preliminar, y á grandes rasgos, la historia de la Estética desde los pueblos griego y romano hasta nuestros días. He buscado luego la razón de la ciencia estética en el fondo de nuestra misma alma, que se desarrolla por medio de la sensibilidad, de la inteligencia y de la actividad. Trato de dar á conocer el sentimiento y de probar que se revela en lo agradable, lo bello y lo sublime, y estableciendo que son entre sí distintos, hemos visto qué era lo bello y qué lo sublime, en qué se parecen y en qué se diferencian. Hallamos su parecido en su origen ó principio fundamental y en algunos de los efectos que producen, encontrando que resulten más sus diferencias, fundadas en hechos de observación y en el sentido íntimo, en los objetos en que radican y en los

efectos que producen; y apoyando la doctrina en la autoridad de muy ilustres filósofos, concluyo afirmando que existen diferencias esenciales entre el sentimiento de lo bello y el de lo sublime, y por consiguiente entre lo bello y lo sublime. Y para darlos á conocer mejor, he presentado la síntesis de estos dos sentimientos, definiéndolos con separación. Esta ha sido hasta aquí una cuestión puramente teórica.

Fijándonos ahora en el desarrollo completo de mi tema, vamos á ver en otra esfera las diferencias que hay entre lo bello y lo sublime, estableciendo las relaciones que uno y otro sentimiento tienen con las tres facultades anímicas, sensibilidad, inteligencia y actividad, y su relación en la práctica con el arte literario.

Ante todo es menester considerar, y dar por sentado que no existen belleza ni sublimidad, así en las artes como en la literatura, si las obras no revelan un marcado respeto de amor y de veneración á la verdad, á la virtud y al culto religioso. Y desde luego no temo afirmar, que no podrá concebir ni expresar bien ningún rasgo, ó tipo bueno de la admirable ciencia calológica y artes caleotécnicas el hombre de mala lógica y juicio extraviado, el falto de moralidad, ni el indiferente al sentimiento patrio y á la religión: lazos todos dulces y suaves, que unen al hombre con la sociedad, y á la criatura racional con su divino Autor, foco este el más esplendente en perfecciones, y del cual emanan por dicha nuestra los más altos sentimientos, rectos conceptos y buenas acciones.

Así pues, á las artes, que bajo una forma de aparente hermosura nos revelan el vicio, las llamaré pseudo-bellas, según el principio que dice: *corruptio optimi pessima*; y por lo tanto, el artista de esta especie no es un verdadero artista, ni en el sentido de su concepción caleológica, ni en el de su expresión caleotécnica. Un artista de tan baja estofa, como dice un juicioso escritor, no merece ser más estimado que una mujer hermosísima, á quien faltase el santo é inapreciable sentimiento del pudor. Por lo cual, siempre que el artista en la concepción de su obra, y aun peor en su manifestación al exterior, traspase los preceptos

de la religión, ó del orden moral en cualquiera de las esferas, sus producciones no podrán ser obras de las bellas-artistas, sino de las artes feas y horribles; será este artista un hombre torpe, y aún más, un malvado, un infame, que cubierto de exquisito ropaje quiere seducir bajo el brillo de una falsa apariencia. Echense sus obras á perros que son aficionados á inmundicias, ha dicho con mucha razón de tales artistas el inspirado y simpático lor Byron.

Iniciados estos antecedentes, voy á tratar aunque sea á grandes rasgos, primero de la belleza, y en otro capítulo del sublime con alguna extensión.

Considerada la belleza en su aplicación á las artes y á la literatura en en sus tres manifestaciones, estética, intelectual y moral, nos hará ver también que se diferencia de la sublimidad.

En las artes es la belleza una concepción, que sugiere á la mente la idéa de una forma mas cercana de la perfección á que nuestra alma aspira, y superior á la que perciben nuestros sentidos. Todas las artes tendrán belleza siempre que se amolden al ideal que dejamos marcado, es decir, siempre que veamos en los productos de ellas cierta perfección suprasensible, que consiste en una relación íntima entre Dios y el hombre, su imágen, y entre Dios y la creación, reflejo esta de Aquel en su perfectibilidad; reflejo que excita en nosotros, al contemplar las obras de Dios, del hombre y de la naturaleza, el amor de benevolencia ó perfecto que encanta y extasia, y no el amor de concupiscencia que agobia y desanima.

No entraré á considerar aquí mas que el arte supremo de la literatura, por ser punto que se adapta mas bien á mi modo de ser y á mi imperfecta educación científica; dejando las grandes consideraciones sobre las bellas artes, ópticas, acústicas y sintéticas para nueva ocasión, ó para plumas bien cortadas, que las celebren con mas temple y raudo vuelo.

Siendo el objeto preferente de mi tema las letras, y no las artes en sus variadas formas, diré que por belleza en las obras literarias entiendo el conocimiento de lo sensitivo perfecto, y consiste en que los afec-

tos, ideas y pensamientos se dirijan á la unidad de un objeto variándolo en sus preciosas formas, y en que á la expresión de las mismas ideas y de sus objetos no se opongan las contradicciones en los pensamientos el desorden de las mismas ideas y de sus objetos, ó la expresión falsa y viciosa.

La belleza, pues, y gracia del estilo literario consistirá en la facilidad, la flexibilidad y la agradable variedad de sus movimientos; es el *molle atque facetum* de Virgilio, es la reunión de lo tierno, blando y suave, á lo esquisito, fino y delicado; es la armónica unidad variada, cuando reúne en sí orden, designio, correspondencia y finalidad.

Siempre es la belleza, en cualquiera de sus esferas, una de las más necesarias aspiraciones de nuestra alma, y en ninguna parte mejor que en la literatura se muestra mas análoga, unísona y simpática con ella: es la belleza una emoción viva y agradable que ablanda y humaniza los caracteres mas ásperos, provoca á las afecciones benévolas; templada y endulza las malas disposiciones del humor y de recuerdos rencorosos; quien la experimenta se siente mas ligero con ella; dispone á la alegría y la esperanza; y da á los objetos un valor independiente de su voluntad. Por eso la derramó tan á manos llenas sobre toda la creación la divina providencia.

Puede considerarse la belleza, así en las artes como en la literatura, bajo tres aspectos, según la contemplamos en el mundo físico, en el intelectual y el moral.

Belleza física es la emoción agradable que produce en nuestra alma la contemplación de ciertos objetos, cuando causan en los sentidos, vista y oído, una impresión deleitosa, pura y desinteresada.

La belleza de los objetos corpóreos se percibe á primera vista; nuestra alma siente placer luego que la percibe, y abrázala como á cosa antes conocida y ahora reconocida, y hácese en cierto modo una misma cosa con ella. Por el contrario, cuando tropieza con algo deformé, luego retrocede, reniega de lo que vé, y no quiere reconocerlo, porque en esto no conforma con el objeto, por ser extraño lo que se le ofrece.

Y es que en las cosas bellas descubre nuestra alma conveniencia, orden, exactitud; proporcion, simetría, perfección; armonía, unidad en la pluralidad de partes diferentes, y movimiento: y en las deformes no ve mas que inconveniencias, repugnante desorden, inexactitudes en todos sus lados; ninguna proporción entre las partes, nada con simetría, todo inarmónico, imperfecto, irregular en lo múltiple, y sin ninguna conexión de las partes con un todo á la vez uniforme y vario; produciendo por tanto confusión, y estacionamiento ó inercia. Apliquemos esta teoría á los ejemplos y se verá que es exacta: tal sucede á la vista del alba risueña y apacible, que nunca cansa, y mas se goza de ella en su constante reaparición; al contemplar el arco íris de mágicos y variados colores; un jardín ameno y bien acompasado, ó un lago de límpidas aguas: y ¡cuán repulsivos no son un erial, árboles desnudos, ó plantas y flores marchitas al fatal impulso del espeluznado silvano?

Ejemplares de esta clase de belleza los prodiga con lujo la naturaleza, y de ella copian las letras:

„En medio de aquella selva descubrieron los mercaderes un lago, cuyas márgenes apacibles estaban esmaltadas de alta y espesa verdura: sus ondas reflejaban los mil colores de los pájaros y variados matizes de las flores: en rededor estaba embalsamada la atmósfera con los suaves perfumes de la flor del loto y del dulce néctar, que destilaban las rosas esponjadas al compás del melodioso canto de simples ruiseñores: la trasparente limpidez de aquellas aguas comunicaba á los miembros cierta frescura, que los robustecía y confortaba. Ginetes, caballos y elefantes hicieron alto en las márgenes del lago encantador.

„Descendió oscura la noche: dormía el mundo todo: reinaba un profundo silencio, y fatigados los mercaderes yacían por tierra sumergidos en lijero, dulce y reposado sueño. (Mahabharata, poema índio.)

Véase un retrato no menos bello y encantador:

„Nunca, desde que el mundo es mundo, se ha abierto mas delicada flor, ni ha brillado como la flor de nuestro siglo. Haikuna era graciosa y bella; ¡ah! ninguna como ella. Esbelta y sutil como la rama flexible

del abeto, las mejillas blancas, pero teñidas de rosado, como si el sol al pasar las hubiera bañado con su purpúreo reflejo. Dos piedras preciosas centelleaban bajo el arco sutil de sus cejas; sus pestañas se prolongaban y protegían las pupilas, como las alas de la negra golondrina; sus negros cabellos se parecían á dos cordones de seda entrelazados, y su boca á una cajita de perfumes; las perlas de esta boca simétricamente dispuestas, como en el estuche de experto joyero. El murmullo de su voz era suave, mas suave que el canto de la tórtola, su sonrisa brillaba como el primer rayo de la mañana; y la gloria de su belleza se difundía á través de la Bosnia, el Montenegro y la Herzegovina. (Cantos populares eslavos.)

La belleza intelectual es la que pinta los objetos de pura concepción, que nos encantan lo mismo que la contemplación de los seres físicamente hermosos. La belleza así considerada, como dice el eminente Jungmman, es un atributo del ser existente ó posible en su relación con la facultad intelectual del espíritu racional; las cosas son verdaderas en cuanto convienen con sus respectivos ejemplares, las cuales existen en el entendimiento divino, y por esto pueden ser entendidas por las inteligencias criadas, porque pueden ser objeto en que se termine su actividad intelectual. Estos ejemplares ideales fundados en la verdad filosófica, posibilidad, además de comprendidos por el ser racional, pueden ser amados en cuanto á su grado de perfección, por ser el reflejo de una razón suprasensible, que ha derramado sobre ellos las cualidades apreciativas, satisfaciendo por entero á nuestra mente, en cuanto llenan sus aspiraciones y son un verdadero medio para llegar á conocer nuestro fin, que no es otro que la contemplación del que nos hizo para sí; implantando en nuestra alma, aunque en grado finito, las perfecciones que El posee en sumo grado. Así vemos esta belleza retratada en una Edad de oro por Cervantes, en la pintura del celestial Amado en el Cántico de los Cánticos; y también en el siguiente retrato del amor, hecho por un trovador:

„Cuando salí á los campos encontré de repente á un caballero her-

moso como el día, con ojos tiernos y dulces, nariz afilada, dientes bruñidos como pura plata, boca fresca y risueña, esbelta y gallarda apostura. Su vestido estaba salpicado de flores, y ceñía su frente una guirnalda de rosas. Su palafren, blanco como la nieve, estaba mosqueteadado de ébano y de púrpura: el arzón era de jaspe, la mantilla de zafiro, los estribos de sardónica.»

Hé aquí otro semejante no menos bello:

“En un bosquecillo encontré á una zagala mas hermosa que una estrella: tenia blonda y rizada cabellera, ojos henchidos de amor, rosado semblante; con su cayado en la mano iba apacentando sus corderos, y descalza bañaba sus piés el rocío: cantaba cual preciosa alondra, y estaba adornada con todas las seducciones.

Súbito le dirigí un cariñoso saludo, y le pregunté si tenia compañía. A lo cual me respondió con dulzura: Sola ando por el bosque, y añadió, sabe que cuando el pájaro trina, desea su corazón ser correspondido» (Guido de Cabalcanti).

Veamos la edad de oro por Cervantes:

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*.

Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian.

En las quebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su

cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que en tonces la poseian».....

Pero nada quizá haya, que igualarse pueda al siguiente cuadro en un todo adecuado á la definición ó desarrollo, que damos de lo bello intelectual.

“Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza oro muy bueno; sus cabellos como renuevos de palma, negros como el cuervo. Sus ojos como palomas sobre arroyuelos de las aguas, que están lavadas con leche, y sentadas junto á corrientes muy copiosas. Sus megillas como eras de aromas plantados por los perfumeros. Sus labios lirios, que destilan la mirra mas pura. Sus manos de oro torneadas, llenas de jacintos. Su vientre de marfil guarnecido de zafiros. Sus piernas columnas de mármol, que están fundadas sobre basas de oro. Su parecer como el Líbano, escogido como cedros. Su garganta suavísima y todo él deseable..” (Cantar de los cantares, c. 5. v. v. 11—16—, hablando la Iglesia de su muy amado fundador Jesús).

La belleza moral es la expresión de acciones y cualidades morales, que llenan el corazón de un gozo puro y deleitable, que animan al bien obrar, y á los actos acabados de virtud. La bondad pertenece al ser en su relación con la facultad de apetecer de que está dotado el espíritu racional: la actividad que corresponde con el bien es amor. Esta actividad se ejercita asimismo próxima y esencialmente en presencia de lo bello. Por consiguiente la belleza moral, como dice el autor antes citado, pertenece á las cosas en su relación, no con la inteligencia, que esto es propio de la verdad, sino con la voluntad, así como el bien, aunque nose confunde con este. Lo bello y lo bueno moral son al parecer y en

concreto una misma cosa, es decir que materialmente son una sola y misma realidad; ontológicamente consideradas son las mismas idénticas excelencias, en cuya virtud la cosa pide en razón de ellas entrambos predicados. Mas tocante á la relación que media entre los conceptos abstractos de bondad y belleza, diferéncianse las cosas representadas por ellos en que la belleza encierra el concepto mismo de la bondad, pero lo bello añade una nota ó carácter peculiar, y es que lo bello se ama siempre con amor perfecto, de benevolencia y desinteresado, mientras en el amor de lo bueno hay siempre algo que revela nuestra imperfección, por cierta vislumbre de concupiscencia é interés.

Excelentes retratos de belleza moral son el de la Virgen sin mancha, y otro de una huérfana polaca:

„María era humilde de corazón y prudente de ánimo, grave en su conversación, sobria en hablar, pudorosa y reservada en sus menores palabras, aplicada á la lectura de los libros santos, atenta á todas sus obras, acostumbrada á buscar la voluntad de Dios mas bien que la de los hombres, no hiriendo jamás á nadie, queriendo bien á todos, respetando lo que es grande, y sobre todo la santa majestad de los años... Ninguna afectación en el mirar de sus bellos ojos, nada de lijereza en sus palabras, nada de inconveniente en sus acciones; su gesto, su paso, su voz, todo era armonía, y su cuerpo era tan propia imagen de su alma, que se creería ver en su persona la encarnación de su honestidad.. Majestuosa y venerable en su andar y en su trato, no habia para ella mejor guarda que ella misma, ni se observaba tanto la huella de su pié virginal, cuanto el aire de su virtud extraña. Todo lo que ella hacia era la regla misma. Practicar la virtud no era tanto para ella un ejercicio cuanto una lección que daba al mundo,„ (S. Ambrosio).

LA HUÉRFANA.

Me enviaron al bosque, á un pequeño bosque, á recoger bayas silvestres, á buscar en él flores propias de la estación. No he cogido los ba-

yas, ni he buscado flores. En la solitaria colina me incliné sobre la tumba de mi madre, y allí derramé amargas lágrimas por su pérdida.

—¿Quién llora por mí allá arriba? ¿Quien pasea en la colina?

—Yo soy, querida madre; yo abandonada en el mundo, pobre huérfana; ¿quién peinará ahora mis largos cabellos? ¿quien labará mis megillas? ¿Quién me dirá palabras amorosas?

—Vuélvete á tu morada, hija de mi alma. Allí otra madre mas afortunada que yo, adornará tu frente con tus cabellos, esparcirá agua por tu hermoso rostro, allí un jóven esposo te dirá palabras tiernas, que consolarán tu dolor.

(Cantos populares polacos).

Hermosísimo es también el cuadro de Héctor, Andrómaca y su hijo Astianactes, en donde Homero expresa el dulce y ternísimo amor paternal:

“Después que habló el gran Héctor de esta suerte,
Con los brazos abiertos fué á su hijo.
Mas el niño, volviendo la cabeza,
Se recostó en el seno de su ama
Asustado al aspecto de su padre,
Al acero temiendo, y al penacho
Que ondeaba en el yelmo horriblemente;
El padre y veneranda madre entonces
Al verle se sonrien, y al instante
Héctor se quita el yelmo refulgente
De su cabeza, y lo depone en tierra,
Mas después que besó á su amado hijo,
Y le agitó en los brazos levemente,
A Jove y altos dioses así dice:
„¡Oh Jove y altos dioses sempiternos!
Permitid que mi hijo tan querido,
Siguiendo mis ejemplos y mis pasos,
Célebre venga á ser entre los Teucros;

Que en el valor me imite; que algún día
Llegue á ser de Ilión rey poderoso:
Que diga alguno al verle en otro tiempo
Retornar victorioso de la guerra:
«Mucho mas fuerte es este que su padre;»
Y que dando la muerte á su enemigo
Se traiga los despojos sanguinosos,
Dando con sus trofeos y victoria
Mucho gozo á su padre, y grande gloria.»
Luego que dijo así, puso en los brazos
De su querida esposa al hijo infante,
Y ella recibió al niño lagrimoso
En su fragante seno con sonrisa.
Héctor á tal aspecto se enernece,
Y abrazando á su esposa con dulzura
Le dice estas palabras expresivas:
“Princesa generosa no te aflijas
Por mí con tanto exceso; reflexiona
Que no hay contra el destino quien me pueda
Precipitar al Orco antes de tiempo,» etc.

Hay en esta pintura toques muy preciosos: El miedo tan natural del pequeño Astiaractes al ver el penacho que flota en el casco de su padre: el niño que le desconoce; vuelve la vista atrás y se arroja en los brazos de su nodriza, arrancando á su cariñosa madre una sonrisa mezclada de lágrimas. El honroso sentimiento de Héctor que desea ver su gloria eclipsada por la de su hijo, ¿no está copiado de la misma naturaleza? ¡y qué gracia, qué delicadeza en la sonrisa de Andrómaca mezclada con lágrimas de ternura!

Por lo que referido queda de la belleza en su aplicación á la literatura, y lo que vamos á expresar; veremos luego también cuán diferente es este sentimiento del sublime. Seguiré, para demostrarlo, un procedimiento análogo al que he trazado para lo bello.



«RELACIONES DE LO SUBLIME CON LA SENSIBILIDAD, LA INTELIGENCIA
Y LA ACTIVIDAD HUMANA.»

Vengamos á otra parte de la cuestión propuesta, que consiste en establecer las relaciones que tiene el sublime con las tres facultades del alma; y terminaremos con su aplicación á la literatura.

Figurémonos que estamos en una vasta llanura inculta, como un desierto, el de Cobi, ó el de la Sahara de doble extensión que el Mediterráneo, y en donde reina un silencio sepulcral; ó bien nos hallamos subidos á un alto cabo desde el cual se descubriese una inmensa esplanada de mar, casi tranquilo, casi en calma; si nuestro espíritu no se abate, la vista de un espectáculo tan grande nos daría en alto grado, y en el instante el sentimiento de nuestra pequeñez y á luego el de nuestra grandeza, y sentiríamos entonces lo que llama la escuela alemana sublime matemático: matemático, por considerar entonces estos objetos de la naturaleza como grandor, como una extensión superficial y de fondo, á la cual hasta cierto punto no le hallamos límites.

Del mismo modo, si estuviéramos viendo desde puesto seguro cataratas, como la del Niágara, Noukaiva ó del Arche, que caen siempre con una violencia y una riqueza igual, y á las cuales muy pocas cosas pueden resistir; ó si contempláramos al mar agitado por una terrible tempestad, bramando y ejerciendo su furia destructora;..... ó si viéramos en fin cualquiera otro objeto que dispierte en nosotros la idea de un gran poder; como por ejemplo, los altos picos de montañas que amenazan desplomarse sobre la cabeza del viajero y machacar todo lo que cojan debajo, el rayo que abrasa los cielos, los torrentes impetuosos, los huracanes que parecen prontos á aniquilar cuanto á su paso encuentren..., á no ser que nuestra alma sea sólo capaz de experimentar un vergonzoso miedo con la vista de estos espectáculos, sentiremos en al-



to grado también el sublime dinámico; dinámico, porque nos representamos á los referidos objetos como un poder superior á cualquier otro efecto de la naturaleza, que quisiéramos oponerles.

Sentimos el sublime dinámico en todos aquellos casos en que, como en los ejemplos citados, observamos un objeto de la naturaleza física, y nos le representamos como el efecto de un poder infinito. El sublime de esta especie nos conduce á la idea de un creador y regulador supremo, esto es, á la idea de Dios.

Ejemplo de este sublime es la siguiente pintura del Diluvio:

Irritóse el Señor de las alturas, é hizo servir las aguas como instrumentos de su ira. Abrió las cataratas del cielo, y soltó sus diques á las hinchadas olas: cubrió los cielos de una espesa nube, y soplando con viento impetuoso hizo caer precipitadas las aguas superiores, que á torrentes invaden las llanuras, y rugiendo furiosas van á declarar al mar y profundo abismo guerra formidable.....

Embravecidas sepultan los collados; las cúpulas inmensas de los montes inclinan su cerviz hasta verse sumergidas en aquel inmenso Océano. La tierra toda á su vista retrocede; se cubre y se estremece: tiembla el infierno; el cielo se conmueve y balancéa.....

Déjase oír un viento huracanado; al estallido del trueno brilla el veloz relámpago, y el rayo impetuoso abrasa vengador á los mortales. Resuenan por todas partes ayes de moribundos..... trágolos como átomos aquel inmenso piélago, y sepultados en silencio eterno, se oyó la voz tremenda del grande Jehová: ¡Malditos los perversos!!!

Sentimos el sublime intelectual cuando vemos, ó cuando consideramos aquellos objetos grandiosos, que nos conducen á la idea de la suprema inteligencia, de la inteligencia del Criador. Tales son aquellos hombres dotados de facultades intelectuales extraordinarias, que han dado ó que dan á las obras de su ingenio un sello indeleble y característico, que las hace un reflejo vivo de las obras de Dios, como la Sagrada Biblia, que inspiró en literatura la Divina Comedia del Dante, el Paraíso perdido de Milton, las Oraciones fúnebres de Bossuet, la Atha-

lia de Racine, la Mesiada de Klopstok, los Himnos sagrados de Manzoni, los sermones del maestro de Granada. Tales son tambien la Iliada de Homero, la Eneida de Virgilio. Los sistemas filosóficos de Leibnitz, Newton, Descartes, Bacón de Verulámio, de Balmes, y Sto. Tomás de Aquino. En obras artísticas, como la Concepción y el S. Antonio de Murillo, el Pasma de Sicilia de Rafael de Urbino, el Juicio final de Miguel Angel, de Metodio ó de nuestro Juan de Vargas; el Júpiter Olímpico de Fidias, la Sagrada Cena de Leonardo de Vinci, ó el San Gerónimo de Montañés.

Como muestra de sublime intelectual puede servir el siguiente cuadro, tomado del dramático inglés Marlowe en su drama *Fausto*:

Ha llegado el último dia de Fausto; solo falta una hora para cumplirse el tiempo convenido con el diablo para entregarle su alma, y el minuterero del reloj se adelanta; grave situación, de la cual ha sabido el poeta sacar un cuadro verdaderamente sublime, presentando el combate de Fausto entre la belleza del mundo, tanto mas seductora en el momento de despedirse de él, cuantos mas sufrimientos le esperan en la eternidad; y dice el protagonista: «Una hora sola de vida, ¡condenado después para siempre! Deteneos, celestiales esferas. Tiempo, suspende tu curso, ¡que no llegue la media noche! ¡Oh naturaleza, preséntate cual eres y despliega tu pompa, concédeme un eterno día! Haz al menos que esta hora se convierta en un año, en un mes, en una semana, siquiera en un dia y que tenga tiempo de arrepentirme..... Pero las esferas celestes se adelantan, el tiempo vuela, la hora va á sonar..... ¿A dónde huir? ¿dónde ocultarme? En el cielo tengo marcada la senda con la sangre del Redentor; una sola gota de esta sangre bastaría para salvarme; pero un brazo vengador me rechaza.... Montes, ponedme á cubierto de la cólera divina! Tierra, ¡ábrete y sepúltame en tus entrañas! Estrellas, que presidistes á mi nacimiento, que me habeis conducido á la muerte, al infierno, haced que mi cuerpo se evapore....»

Durante este tiempo el reloj adelanta á la vista del espectador; y Fausto exclama:

«Ya ha pasado media hora, y la otra media pasará en un momento! Gran Dios, si mi alma ha de sufrir la terrible sentencia, fija un término á sus penas!..... Mil años, cien años, si lo quieres: mas concédeme para entonces la salvación.....! Pero la eternidad.....! Porque haberme concedido un alma? Para qué hacerla inmortal.....! Malditos sean los que me han engendrado! maldito sea yo mismo! Maldito Lucifer!.... Ay! Llegó la hora!..... Perdón, perdón! Un momento mas! Misericordia!!!...»

Apenas dramático en el mundo ha presentado un cuadro de tan terrible como sublime colorido; y que se completa con la siguiente imagen del infierno, cual lo concibió Chateaubriand. (Mártires, lib. 8.º)

«En el centro del abismo, en medio de un océano de lágrimas y de sangre, se eleva rodeado de silíceas rocas un castillo negro, obra de la desesperación y de la muerte. Una tempestad eterna brama al rededor de sus almenas abrasadas: delante de su puerta está plantado un árbol estéril, y en lo mas elevado de sus melancólicos muros, que le rodean nueve veces, tremola el estandarte del orgullo medio consumido por el rayo... Satán se acerca á su real mansión...; los guardas alzan la aldaba de bronce que cae sobre la puerta también de bronce, formando un sonido lúgubre..... Las furias abren el ardiente postigo..... Las cúpulas de aquel fatal edificio resuenan como los sordos bramidos de un incendio; una luz pálida baja de sus almenas abrasadas. A la entrada del vestíbulo se halla la Eternidad de dolores, tendida sobre una cama de hierro candente: está inmóvil, y ni aun su corazón late; en la mano tiene un reloj de arena: ni sabe ni pronuncia mas que esta palabra: «Jamás.»

El sublime moral comprende los sentimientos y demás acciones nobles y virtuosas, que dispiertan en nosotros un vivo sentimiento de respeto y veneración, manifestándonos un gran carácter puro y enérgico, y recordándonos la idea de nuestro destino sobrenatural. De este género es la acción sobrehumana de Guzmán el Bueno, prefiriendo la muerte de su hijo antes que ser traidor á su querida patria: y lo mismo todas aquellas acciones que suponen y nos manifiestan un vivo entu-

siasmo hácia el bien moral, y un gran valor para hacerlo: como una obra heroica de caridad, ó un patriotismo ardiente y generoso, ó cierta amistad constante contra las sugerencias y contra los golpes de la traición y de la tiranía; y en fin, cualquiera pasión del ánimo, con tal que sea noble y que la persona animada de ella sacrifique por satisfacerla, siguiendo en todo ello la voz de la moral mas pura, intereses de gran cuenta, un risueño porvenir, todo su caudal y su independencia, las personas de mas acendrado cariño y hasta su propia vida.

Pueden servir de modelo para este sublime: Jesús en toda su vida de dolores y contrariedades, y sin embargo cumpliendo la misión heroica de morir por salvarnos, á pesar de nuestra torpe ingratitud; Sócrates, reusando el sentimentalismo para su defensa que le ofrecía Lisias, y defendiéndose él mismo ante el Areópago con una sencillez encantadora, muriendo luego con resignación y bendiciendo antes al que le presenta la copa emponzoñada; Belisario siempre fiel á su deber y á la fé prometida á su ingrato y desapiadado soberano, Justiniano, que le hace arrancar los ojos en premio de sus heroicos servicios; Boecio, el sabio y virtuoso Boecio, que platica tranquilo con la filosofía mientras aguarda en la cárcel la sentencia del cruel Teodorico, que le hará saltar los ojos, mandándole apretar la cabeza con una cuerda, y morir después á palos como vil esclavo, sin que la víctima lance un solo suspiro; el *gran Pontífice* católico, incontrastable en cumplir la voluntad del Altísimo y su divina misión, no obstante la guerra infernal de sus implacables enemigos, y oponiendo solamente á todo el furor de los impíos aquel sublime «Non possumus;» y Régulo, aquel varón tan ilustre, volviendo á ser víctima de la feroz Cartago.....

Veamos como nos presenta Horacio el heroismo y resolución admirables del general romano, cuando después de haber persuadido al Senado á rechazar una paz contraria al honor de la república, se desprende con resignación y valor supremo de los brazos de su esposa, de las caricias de sus hijos y reflexiones de sus amigos, para ser fiel al juramento que hizo de volver al Africa (Oda 5.^a, lib. 3.^o):

«Así diciendo, de la esposa amante

Y de los caros hijos alejaba

Los ósculos cual siervo, y al instante

El varonil semblante,

Y torvos ojos en el suelo clava.

Mientras en la opinión, hasta aquel día

No escuchada jamás, él al senado

Aun vacilante, consentir hacía,

Y á su prisión volvía

De la amistad entre el llorar sagrado.

La suerte viendo con serena frente,

Que el verdugo cruel le preparaba,

Tal su familia trémula y doliente,

Y la apiñada gente,

Que el paso le impedía, separaba.

Bien cual si terminado el largo cuento

De pleitos ya de sus clientes fieles,

A gozar las delicias de Tarento,

Satisfecho y contento,

O de Venafro fuese á los vergeles. (Trad. de D. J. de Burgos).

La constancia de los que morían por la fé cristiana está presentada por Chateaubriand, en su poema los Mártires, de un modo inimitable.

El cristiano Eudoro, que ya ha padecido tormentos terribles por sustentar la fé, sabe que por orden de Hiérocles ha sido enviada Cimodocéa á una casa de perdición, y que la castidad y virtud de su amada están en grande peligro, dependiendo de él solo el salvarla; y al momento se apodera del corazón de Eudoro una tentación horrible. «Sacrifica, Eudoro, sacrifica á los dioses,» gritan el pueblo y los soldados. Eudoro entonces con voz apagada dice: «¿Dónde están las águilas?» Los soldados golpean los escudos en son de triunfo, aplaude el pueblo, goza el prefecto romano. Traen á prisa las águilas; levántase Eudoro sostenido por los centuriones, se adelanta hasta el pié de las águilas...

todos guardan profundo silencio. Eudoro toma la copa de las libaciones; los cristianos se aturden, los obispos cubren sus cabezas con sus mantos, los confesores dan un grito de sorpresa: al oírse este grito, cae la copa de las manos de Eudoro, arroja por tierra las águilas, y volviéndose á los otros mártires les dice con valor sereno: «Soy cristiano.» Tales efectos produce lo sublime.

Y ciertamente, muchos de los objetos en que hallamos el sublime matemático, como otros en que percibimos el dinámico-físico, mirados bajo cierto punto de vista son ó parecen á primera vista muy terribles; pues casi todos ellos abruman nuestra imaginación, la cual se cansa en vanos esfuerzos cuando intenta comprender á su modo unos objetos ilimitados, ya en su extensión, ya en su fuerza. Este sentimiento de impotencia por nuestra parte, sentimiento que en el sublime dinámico-físico está además unido á la conciencia, que tenemos, de que serían de todo punto ineficaces cuantos esfuerzos hiciéramos para resistir á unas fuerzas tan grandes....., nos humillaría mucho por cierto y nos causaría un sentimiento muy desagradable, si no fuera porque acudiendo la razón en nuestro socorro, nos hace ver á nosotros mismos como unos seres morales no poco independientes del mundo material, como unos seres dotados de un principio anímico muy superior en verdadera grandeza y grandor á las fuerzas de la naturaleza; como unos seres, en fin, que llevamos en nuestro propio seno una fuerza anímica, á la cual bajo cierto aspecto tampoco descubrimos límites y cuya actividad, pensamientos y deseos son indefinidos.

Una cosa muy análoga á la anterior nos sucede también respecto al sublime intelectual y moral. La idea de los sacrificios que imponen estas dos clases de sublime, y la comparación que naturalmente hacemos de los objetos en que los hallamos con nosotros mismos, deberían desagradarnos y humillarnos mucho; pero aunque efectivamente sucede algo de esto, cuando percibimos ó imaginamos un objeto sublime de cualquiera de estas dos clases, con todo el sentimiento predominante en estos casos no es el de la tristeza. Por el contrario, ninguna cosa

nos proporciona en esta vida un placer mas vivo, una satisfacción tan celestial como el sublime de estas dos clases. Y la causa á mi ver es que cuando contemplamos á un Newton, á un Leibnitz ó á un Sto. Tomás en lo intelectual, á un Guzmán el Bueno, al fiel Belisario, ó al gran Boecio, ó á otro cualquiera hombre grande en lo moral, llegamos á formar una alta idéa del poder y de la dignidad del hombre; nos sentimos mas nobles con el mérito y las acciones de aquellos semejantes nuestros; nos refundimos, nos confundimos en su gloriosa personalidad; y nos consideramos capaces, en la admiración y el entusiasmo que sus ideas y acciones nos excitan, de elevarnos á su altura. Así llegamos á tener un sentimiento altamente agradable de los tesoros inmensos de perfectibilidad, grandeza y dignidad, que posee y oculta el alma humana en su profundo seno. Hasta aquí el sublime considerado en un sentido absoluto, ó mas general, en su relación con las facultades anímicas.

6.º

«APLICACIÓN DEL SUBLIME AL ARTE LITERARIO.»

Terminaremos ya este trabajo con el sublime relacionado mas expresamente con la Literatura.

El sublime así considerado es el mas alto grado de extensión, de grandeza y de elevación á que puede llegar el espíritu humano; y se le reconoce en que nos trasporta mas allá de los límites asignados á nuestra imaginación, y aun á nuestra razón.


Pongamos ejemplos: Escipión era acusado como sedicioso por dos tribunos del pueblo, y acaso hubiera sucumbido á las intrigas del odio y de la envidia. Apareció en la asamblea del pueblo, y subiendo á la tribuna dijo en su defensa: *«Hac, Quirites, die, Carthaginem magna sperantem leges vestras accipere jussi; proinde æquum est vos mecum ire in Capitolium supplicatum.»*

Dijo; y todos los ciudadanos, incluso los tribunos acusadores, le siguieron, (así lo dice Valerio Máximo), y nuestros corazones también le siguen; y es que Escipión aparece sublime, y el sublime subyuga á todos los hombres,

El sublime de ordinario es raro y de pronto efecto, porque nada de lo que es extremo puede ser muy común y duradero: es una palabra, un rasgo, un movimiento, un gesto; y su efecto es rápido é instantáneo como el relámpago ó el rayo. Es de tal manera independiente del arte, que se puede encontrar el sublime hasta en las personas que no tienen idéa alguna del arte. Cualquiera que esté fuertemente apasionado, cualquiera que tiene un alma elevada puede producir el sublime. Un capitán de los primeros califas, Derar, viendo huir á los musulmanes delante del enemigo, exclamó: «¿A dónde correis? no es allá donde están los enemigos. Os han dicho que el califa ha muerto. Y bien, ¿qué os importa que esté en el número de los vivos ó de los muertos? Dios vive, y os mira.» Con esto retroceden los árabes, acometen y logran la victoria.

También puede el sublime ser mas común, y aun repetido casi en todo el curso de una composición. Tal se vé en el salmo 103 en que David desarrolla la creación; y en el 17, en el cual da gracias á Dios porque le ha librado de tantos peligros, como le rodeaban. Citaremos este último:

• Con todas las entrañas de mi pecho
Te abrazaré, mi Dios, mi esfuerzo y vida, ...
De mil loores digno, Dios glorioso,
Siempre que te llamé te tuve al lado, ...
De lazos de dolor me ví cercado,
Y de espantosas olas combatido,
De mil mortales males rodeado.
Al cielo voceé triste afligido;
Oyérame el Señor desde su asiento,
Entrada á mi querella dió en su oído.
Y luego de la tierra el elemento
Airado estremeció, turbó el sosiego
Eterno de los montes el cimiento.
Lanzó por las narices humo, y fuego



Por la boca lanzó; turbóse el día,
La llama entre las nubes corrió luego.

Los cielos desplegados descendía
Calzado de tinieblas, y en lijero
Caballo por los aires descubría.

Un querubín sentado, ardiente y fiero,
En las alas del viento que bramaba,
Volando por la tierra y mar velero,

Y de tinieblas todo se cercaba,
Metido como en tienda, en agua oscura,
De nubes celestiales que espesaba.

Y como dió señal con su luz pura;
Las nubes arrancando, acometieron
Con rayo abrasador, con piedra dura.

Tronó rasgando el cielo, estremecieron
Los montes, y llamados del tronido

Mas rayos, mas piedras descendieron:

Huyó el contrario roto y esparcido

Con tiros y con rayos redoblados,

Allí quedó uno muerto, allí otro herido.»

(Trad. de Fr. L. de León).

También hay sublime en el silencio. Acusan á Jesús dos falsos testigos en presencia de Caifás, y Jesús no quiso responder palabra sobre el objeto de la acusación: es así mismo acusado Sócrates por tres malos testigos, y no quiere defenderse de esta acusación, porque sería declararse culpable al contestar á un falso testimonio. Hé aquí el sublime de la virtud, ¿Por qué? porque ninguna respuesta podría decir tanto como el silencio; pues si hay algún carácter, por el cual se pueda reconocer el sublime, es el de ser tal en sí mismo, que ni la razón, ni la imaginación, ni el alma toda puedan concebir nada de mas alta medida. Aplíquese este principio á todos los ejemplos, y lo encontraremos verdadero. Lo que es bello, grande ó fuerte admité más y menos; pero no

se reconocen grados en el sublime. Tratemos de imaginar alguna cosa, que arrastre más que las palabras de Escipión, más que la reprensión de Derar á sus soldados, mas expresiva que el silencio de Jesús delante de los acusadores, ó el de Sócrates renunciando á la elocuencia patética de seguro éxito ante el impresionable Areópago; y nos quedaremos siempre muy inferiores.

El silencio, como acabo de decir, las reticencias y cualquier otro medio de expresión en este género pueden conducir al sublime.

Tal es el silencio de Ajax, cuando Ulises le encuentra en los infiernos, (sábese que Ulises habia llevado ventaja sobre Ajax al disputar las armas del valiente Aquiles.)

«Yo, dice Ulises, le dirigi estas dulces palabras:» Ajax, hijo del irreprehensible Telamón, ¿por ventura no debiste después de la muerte olvidar tu ira contra mí por causa de aquellas armas funestas con las cuales han hecho los dioses un azote contra los argivos? Tú, que eras su sólida esperanza, tú has perecido á causa de ellas; todos los aqueos desolados te aclamarán sin cesar como al noble Aquiles, hijo de Peléo; pero Júpiter solo es la causa de nuestros males, y quien te ha enviado la muerte. Vamos, ó rey, ven acá, á fin de que entiendas mis palabras; doma tu cólera y tu noble corazón.» Dije, y no me respondió palabra..., sino se retiró al Erebo entre la muchedumbre de las otras sombras. (Odisea C. II., V. 551).

Tal es también el silencio de Dido, cuando le habla Eneas (Eneida, lib. 6.º, v. 450 y sig.:)

«Entre las cuales (entre las almas), Fenisa Dido, muerta hacia poco tiempo, vagaba de una en otra parte en la espaciosa selva, de la cual luego que el varón notable estuvo cerca, y la conoció en la oscura sombra, cual el que ve salir la luna en el principio del mes, ó piensa que la vió por entre las nubes, lloró y le habló con dulce amor: «O Dido desventurada; luego fué verdadera la nueva que tuve de que habias muerto, y habias puesto fin á todas tus cosas con la espada! Ay! yo fuí la causa de tu muerte: ó Reina, yo te juro por las estrellas, por los dio-

ses celestiales, y por la fé, si hay alguna fé en el infierno, que contra mi voluntad me retiré de Cartago. Pero los preceptos de los dioses me apartaron de la ciudad y de tu lado. Espera, no te quites de mi vista, ¿de quién huyes? Esto es lo último que por el hado te ruego.» Ella vuelta á otra parte tenia los ojos puestos en tierra, no se mueve su rostro con la comenzada plática más que si estuviera hecha un duro pederal, ó mármol de la isla de Paros: escápase en fin de su vista, y enemiga huyó al sombrío bosque».....

El silencio de Ajax y el de Dido son más expresivos, que lo hubiera sido una contestación categórica; el fermentado Eneas necesitaba de esta lección terrible.

La reticencia de Edipo es también sublime: Cuando ve acercarse á los hijos, que ha tenido de su madre Yocosta, les dice:

Acercaos hijos míos, abrazad á vuestro»... y el desgraciado padre no se atreve á pronunciar la última palabra.

Bajo tres formas se presenta en literatura el sublime, sea fisico, intelectual ó moral; bajo el de imágenes, de pensamientos y sentimientos.

Sublime de imágenes.—El sublime de imágenes pinta los grandes objetos con tan vivos colores, que parece los estamos viendo y nos embargan de admiración. Así es como Homero nos da idéa de la velocidad, con que los dioses se trasladan de un lugar á otro (Iliada, C. 5.º V. 770):

• Tanto espacio en los aires como advierte
Sentado un hombre en el excelso escollo
Mirando de la mar las negras ondas,
Tanto pasan de un salto los fogosos
Caballos de los dioses poderosos.»

Mide, dice Longinos, la extensión del salto con la del universo.

Homero va mas lejos todavía, cuando pinta la velocidad de Juno (Hiada, c. 15, v. 80 y sig.):

«Dijo así; y no disiente la gran Juno,
Y bajando del alto monte Ida,

Marcha al excelso Olimpo prontamente.
Así como recorre el pensamiento
De un hombre que ha girado mucha tierra,
Y discurriendo atenta y sábiamente
Los sitios y lugares donde ha estado,
Con tanta rapidez la Diosa vuela
Desde el Ida eminente hasta el Olimpo,
Y entra en el gran palacio de Saturnio
Donde estaban los dioses congregados.
A su arribo los altos Inmortales
De su aureos asientos se levantan,
Y las copas con néctar le presentan. » (Trad. de García Malo).

Qué idea tan grande nos presenta también cuando describe la marcha de Neptuno en el combate de los dioses! (Il. c. 20, v. 56 y sig.):

«El padre de los dioses y los hombres
Tronó desde lo alto horriblemente,
Y Neptuno sus olas levantando
Hizo temblar la tierra y altos montes.
Tiemblan también las cimas eminentes
Del Ida, hasta sus mismos fundamentos:
Tróya; el campo sangriento de batalla
Y las naves aqueas se estremecen.
Temió abajo Plutón, Rey del Infierno,
Y asustado saltó desde su solio,
Dando espantosos gritos, temeroso
De que Neptuno, que la tierra mueve,
Hendiese la que cubre el centro oscuro
Con su fuerte tridente, y descubriese
Las estancias terribles y horrorosas
Que aun á los mismos dioses causan miedo.
¡Tan grande era el estrépito que hacian
Caminando estos dioses denodados,

Los unos contra otros irritados» (Tr. de G. M.)

Virgilio quiere representar el efecto que produce la palabra de Júpiter, y dice. (Eneida, l. 10, v. 101):

«Entonces el Padre todopoderoso, que tiene dominio sobre todas las cosas, habla; y hablando él, calla la excelsa mansión de los dioses; tiembla la tierra hasta en sus cimientos; sosiégase luego la región alta del aire, cesan los vientos, y el mar pone sus olas sosegadas.»

Sublime de pensamiento.—Veamos ahora el sublime del pensamiento. Consiste en presentar una grande idea, expresada con mucha concisión. Tal es el famoso rasgo bíblico, que representa á Dios obedecido al instante, haciendo pasar la naturaleza de la nada al ser:

«En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y la tierra estaba desnuda y vacía, las tinieblas cubrían la faz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: Sea hecha la luz, y la luz fué hecha.»

San Agustín, reflexionando por qué el Señor sufre tanto al pecador, exclama: *Patiens, quia aternus.*

En general, como el sublime es comunmente una percepción rápida, hay mas en lo que da á entender que en lo expresado; algunas veces es la vaguedad y la inmensidad del pensamiento, ó de la imagen, lo que forma la fuerza y la sublimidad.

Tal es la siguiente pintura del estado del pecador después de su muerte, no teniendo más que á su pecado entre Dios y él, encontrándose por todas partes rodeado de la eternidad.»

El mérito del estilo en este sublime está en no debilitar las cosas, ni el efecto que producirían por sí solas, si nuestras almas se comunicasen sin el intermedio de la palabra. Ejemplo:

«*Homines enim ad deos nulla re propius accedunt quam salutem hominibus dando;*» dice Cicerón, *Pro Ligario*. Y en verdad que hay pocos pensamientos expresados con mas sencillez, y que tengan tanta sublimidad para lograr un resultado decisivo.

La precisión de este sublime no excluye las gradaciones, los desen-

volvimientos, que por sí mismos forman á veces también el verdadero sublime. Cuando las ideas representan el mas alto grado concebible de extensión y de elevación, y cuando la misma expresión las sostiene, no es solamente una palabra lo que constituye el sublime; es una série de pensamientos, como se advierte en el siguiente pasaje de Pascal, cuando habla de la inmensidad del mundo:

«Todo lo que del mundo vemos, dice, no es mas que un punto imperceptible en el inmenso seno de la naturaleza; ninguna idéa se acerca á la extensión de sus espacios; por mucho que abultásemos nuestros conceptos, no produciríamos más que átomos en comparación de la realidad de las cosas; es una esfera sin límites, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna.»

Sentimiento sublime.—Los sentimientos son sublimes, cuando los actos morales parecen ser superiores á la naturaleza humana, y hacen ver en medio de la natural debilidad de los hombres una constancia, grandeza y dignidad en cierto modo divinas; tal es el siguiente retrato del justo hecho por Horacio (Libro 3.º, oda 3.ª):

«De ciega plebe el vocear insano

No conmueve al varón constante y justo,

Ni tuerce sus propósitos adusto

El ceño del tirano;

Ni el austro, que del Adria remugiente

Su rabia en la onda muestra;

Ni de Jove potente

La fulminante vengadora diestra.

Si los orbes se hundieran

Las ruinas impávido le hirieran., (Trad. de Burgos).

Newton lleno de años y de gloria, Newton que había hallado la ley de la gravedad y descompuesto la luz; el filósofo profundo y físico consumado, exclamaba así con sublime humildad: «Yo no sé lo que pensará el mundo de mis trabajos: pero creo que me asemejo mucho á un niño, que halla divirtiéndose en la ribera, unas veces una piedrecita, otras

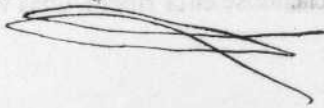
una concha mas bella que las que encuentran allí sus camaradas, mientras tiene delante de sí un inmenso Océano de verdades todavía por descubrir.»

Cantú hace así con sencillo, á la par que admirable y sublime pincel, el retrato de nuestro divino Redentor:

«Jesús, víctima de la antigua legalidad, á fin de que esta sea condenada eternamente, es clavado en una cruz, y todo está consumado..... Ninguna religión, ninguna filosofía podia vanagloriarse de poseer un tipo, que se aproximase á este..... Casto y puro en sus costumbres, no buscó Jesús riquezas ni honores. Vivió con los pobres y para los pobres; haciendo el bien verificó su tránsito por la tierra: como amigo afectuoso llora la muerte de Lázaro y deja que Juan se duerma sobre su seno.....; se muestra lleno de tolerancia con la Cananéa, la mujer adúltera y la Magdalena: ama á la patria, sobre la cual gime previendo sus desastres. Simple y sencillo como los niños, de quienes anhela verse rodeado, lleva su energía hasta el punto de padecer con tranquilidad la muerte.» Y qué clase de muerte!..... En ella se nos presenta á un Dios sufriendo, y que, pudiendo salvarse con una sola palabra, se sacrifica sin pesar por el hombre; revelando en su semblante no solo el dolor en su mas graciosa hermosura, sino también aceptado sin queja y con verdadera satisfacción, confundido con la fé, la esperanza y el amor. Tal aparece en las pinturas de Rafael, de Rubens y del místico Owerbeck. Tal se le ve en efecto en los Santos Evangelios.

«En fin, concluye Cantú, su postrer suspiro es una palabra de misericordia, un perdón á sus enemigos.»

Hasta aquí el verdadero sublime.—Algunos autores, sin embargo, pretenden que el orgullo, la desesperación, el suicidio, la horrible protesta suministran también el sublime: pero si bien es cierto que aparecen á las veces rasgos y actos de mucho aparato, que se confunden con la sublimidad, y crímenes atroces que tienen la misma apariencia sublime, no podemos en manera alguna asociarnos a esta tesis, puesto



que el sublime solamente lo constituye la plenitud mas alta de bondad intrínseca concebible.

La audacia orgullosa de un guerrero en medio de la desesperación no puede encontrar cosa mas fuerte que estas palabras pronunciadas por Ajax en el momento, en que los griegos peleaban contra los troyanos, protegidos estos por Júpiter, y cubiertos aquellos de una nube:

«Soberano Júpiter, arranca á los griegos de la oscuridad que los cubre; vuelve la serenidad al cielo; concede á nuestros ojos el volver á ver la luz, ó al menos haznos perecer con la claridad del dia, pues que tal es tu voluntad.» Dijo; y el Dios del Olimpo... etc....

En el Edda, poema escandinavo, se encuentra á Lodbrog Raghena, que preso por el sajón Oella, y condenado á morir en una prisión llena de víboras, entona con terrible desprecio su cántico de muerte:

«Hemos combatido con la espada! Porqué no está la muerte más cerca del guerrero, que se precipita sobre el filo de los sables?...


«Me regocija el alma que el padre de Baldur me haya preparado un asiento en la sala del banquete; pronto beberemos cerveza en el cráneo de nuestros enemigos....

«La muerte va á apoderarse de mis miembros; mortal ha sido la mordedura de las víboras: siento sus dientes en el fondo de mi pecho. Espero que la cuchilla me vengará en breve de la sangre de Oella; mis hijos palidecerán al recibir la noticia de mi muerte: la cólera enrojecerá su rostro....

«Al salir de la niñez aprendí á enrojecer mi lanza. Ahora los asos me convidan á los festines; no hay que tener lástima de mi muerte.

«Fuerza es terminar: hé aquí los dysir que me envía Odino para conducirme á su palacio: me voy gozoso á beber el aguamiel en el puesto del honor: han pasado las horas de mi existencia, y mi *sonrisa desafía á la muerte.*»

Esto último, es sublime, en medio de la rabia y fiereza que revela, pero sólo fijando la vista en la idéa y esperanza de la inmortalidad, que el guerrero acaricia.



Colócanse asimismo en la clase de sublimes aquellas acciones, por medio de las cuales se ve al crimen triunfante elevarse ó una altura pasmosa, bien que se cubra con el manto hipócrita de la política ó conveniencia social, de la grandiosa ambición ó de la soberbia desobediencia: como el horrible acto de Satanás en su inquebrantable «Non serviam»; las horrorosas hecatombes ejecutadas, y pirámides de cabezas humanas levantadas por Nerón, Atila, Gengis-Kán, Tamerlán, Robespierre, Marat; ó la tremenda decisión de Voltaire en su proyecto infernal de Detr. l' Inf..... Pero estas acciones, si bien parece que colocan á sus autores en una categoría horriblemente superior á los demás hombres, no dan lugar á ese noble sentimiento mezclado de admiración y respeto, de alegría y de suave tristeza, que es lo que forma el verdadero sublime; sino que por el contrario nos sumergen en medio de lagos de sangre y de lágrimas, ó en una desesperación sin consuelo, que comprime nuestro corazon, y que en vez de hacernos simpáticos y admirables á los autores de tales hechos, nos les hacen al contrario aborrecibles y dignos del mas alto desprecio, aunque se apelliden con el fastuoso título de *Azotes de Dios*, ó con el mas horrendo de *enemigos personales* del Ser Supremo.

RESUMEN.

He concluido mi trabajo. Queda reducido á presentar como preliminar y á grandes rasgos la historia de la ciencia estética desde los pueblos griego y romano hasta nuestros dias. Busco luego la Estética (Calología) en el fondo de nuestro mismo yo, que se desarrolla por medio de la sensibilidad, de la inteligencia y de la actividad. Trato de dar á conocer el sentimiento, y de probar que se revela en lo agradable, lo bello y lo sublime; y estableciendo que son entre sí distintos, voy á ver qué es lo bello y qué es lo sublime, en qué se parecen y en qué se diferencian.

Hallo su parecido en su origen ó principio fundamental y en algunos de los efectos que producen; pero encuentro que resaltan más sus diferencias, fundadas en hechos de observación y en el sentido íntimo, en los objetos en que radican y en los efectos que producen: y, apoyando esta doctrina en la autoridad de ilustres filósofos, concluyo afirmando, que existen diferencias muy esenciales entre el sentimiento de lo bello y de lo sublime, y por consiguiente entre lo bello y lo sublime. Y para darlos mejor á conocer, presento la síntesis de estos dos sentimientos, definiéndolos con separación; estudio lo bello con relación á la Literatura, y fijándome en el sublime con alguna preferencia, concluyo dividiéndolo en físico, intelectual y moral, y aplicándole también al arte literario, establezco así las relaciones que la belleza y la sublimidad tienen con la sensibilidad, la inteligencia y la actividad: demostrando de este modo todo cuanto en el tema de estas Reflexiones me propuse explicar.

RESUMEN.

FIN.

ECOS DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA,

DEDICADOS

Á LA MEMORIA DE LOS HÉROES

DE

EL DOS DE MAYO.

«*Dulce et decorum est pro patria mori.*» (Horacio).

Despierta, España, despierta ¡oh patria mía!

España, la hermosa perla de occidente, la hija predilecta del cielo, la que fué admiración y pasmo de las naciones, oyó resonar del lado del norte aullidos como de hordas salvajes, que cual horrible avalancha iban allanando los Pirineos y apoderábanse de su precioso suelo; creyendo engañada, que venían á ayudarle contra su enemigo el sajón.

Consultó á sus hijos, que temblaron y se estremecieron de coraje al ver tanta perfidia, y dijeron: ¡Cómo! habrá llegado para nosotros la hora fatal del exterminio? ¡Oh! nó. Dijo el déspota: *Paz.....* y trae servidumbre, y declaró la guerra. Y España gritó: ¡*Guerra!* guerra sin cuartel; y del norte al sur, del oeste al este no se oye más que el ronco son de *guerrra!*...

Sacudió el león su terrible melena, afiló sus dientes, estiró las garras, lanzó un rugido que estremeció la tierra; y el aire agitado iba llevando de uno á otro confin la voz de *guerrra!*...

¡Ay! ¡ay de tí, vándalo del Sena: dice un rumor, repite el eco..., ya tus huestes retroceden de horror llenas de fiera saña, y detrás irán los hijos de la Hesperia, cual vendaval furioso.

Y el hispano acude veloz semejante á un águila; templado acero brilla en las manos del valiente, en su pecho palpitan la ira y el valor; bajo su casco de hierro arrojan fuego los ojos del guerrero; el heroísmo, cual centella, fulgura en su mirada. Devorado de furor, como león rugiente á la vista de su sangre cuando atravesado por la bala se abalanza contra el cazador, así el español se arroja sobre el nuevo bárbaro y secucaces.

En pos de ellos, cual lluvia de granizo, van los castellanos, de cerca el cántabro, acósale el celtíbero, no le da treguas el audaz vectón, ni cesa el turdetano.

¡Ay! creías, fementido, que este suelo no daba mas que ciervos, y has hallado leones!... Madrid, Madrid, pueblo de valientes, sacude tu estupor. Los hijos de la Galia avanzan sobre tí, están á tus puertas, cubrieron ya tus calles, dueños son de tus casas!... ¿Duermes, madre patria; duermes?... ¡Oh! nó. Despertó ya, y empieza un terrible combate. ¿Quiénes son los valientes? Dos hombres de corazón, dos guerreros ilustres... ¡Daoiz! Velardel, vosotros no dormís. Dejais el sueño al traidor, que infame os entregó al tirano, para aherrojaros y hacer doblar la indómita cerviz. No, vosotros no dormís. Se empeñó la lucha, el cañón vomita la metralla, silban las balas, chócense las espadas fulgurando rayos como de relámpago, y saltan hechas pedazos. Acomete el pueblo, sostiene fuerte ataque, caen espirantes las voraces hienas!... más ¡ay!!

Murat, el pérfido Murat, Moncey, Lefranc avanzan al frente de sus tigres feroces, y hieren inhumanos!... hieren á Daoiz, hieren á Velarde, hienden sus pechos y cadáveres yacen por el suelo.

¡Cuántos ilustres guerreros cayeron y espiraron!..... y dijo el cafre con un gozo infernal: ¡ya ha muerto España!.....

¡Cal insensato! España no muere: España se levanta llevando por bandera el sudario tinto en sangre de los bravos artilleros, y corre á proclamar la guerra santa, guerra de destrucción.

Las turbas del Ródano y Saona quedan aterradas; lanzan cuanto

pueden el mortífero plomo, y confusas corren y se apresuran hácia donde nace radiante el sol, á donde se pone, al norte y mediodía; pero en vano: pronto España se verá libre de francos. ¿No los veis? solo poseen la tierra donde pisan; y ¿cuántos no aparecieron sepultados bajo sus pisadas!

El hispano juró la muerte del opresor: nunca su juramento ha sido inútil.

Elévase un monte, sobre él se ve una roca, sobre la roca levantará el valiente un fuerte incontrastable; los fuertes son los pechos de los bravos; cada árbol es un muro, y los desiertos y las montañas se estremecen de júbilo, al ver tanto valor... Se aquieta un tanto, y se apacienta el íbero largo tiempo en su dolor, su pan son los suspiros, su vino son las lágrimas; ¡amargo era el banquete!... álzase, álzase fiero, cual león sañudo. Al través de los ríos, de los llanos, de los montes y los campos corre de hombre á hombre, de un héroe á otro héroe la grave voz de *¡guerra!*... la alarma cunde por todo el país. A todos dice una secreta voz, un grito de honor, un sentimiento de dulce esperanza: inclinaos á Dios, esforzaos y corred al combate, volad apresurados.

Pasa un sol y una luna, y los valientes se agrupan en torno de caudillos, que les guien al campo de la gloria, al juego de las armas... ¡Oh! camaradas, les dicen, entonemos un canto desde el fondo del valle, en lo alto del monte, en los riscos, desde el centro de las ciudades; un canto que brote del corazón, de lo íntimo del alma, del pecho abrumado bajo el peso de tanta ignominia, bajo pena tanta! Decid y entonemos:

A la lucha, á la lucha, valientes,

Arma al brazo corramos, seguid,

Sea siempre la enseña y divisa,

Por España vencer ó morir.

No dejemos en pos más que la tierra inculta; muera el vándalo de hambre.

Mas el déspota entra con violencia en la tierra abandonada, y allí reina cruel hablando tosco idioma; y las costumbres y leyes extranje-

ras se imponen sólo al débil, al niño, á la mujer, ó al viejo inerme. Lleva por guía la tempestad, y por compañeros el ultraje, la violencia y la muerte; ¡despiadado!

Del fondo de los bosques salen los nuevos druidas, pretendiendo ser adorados como dioses; gentil locura! El español no adora á dioses extranjeros, no reconoce al sanguinario Odino; solo se postra ante el Dios de las batallas, en El esperará. Ya no podemos implorar tranquilos la piedad del cielo allá en el templo; derruido por el invasor, pone este en él su inmundada planta, y lo mancha el impío con su aliento.

Y á dónde iremos á cantar alabanzas al Señor? derribaron los altares, rompieron las imágenes, fueron robados los ornamentos y sagrados vasos!.....

Cantaremos, sí, cantaremos himnos á Dios y á la patria, y á la libertad é independencia hispana desde el fondo de nuestro corazón; el alma será el templo. Entonad los cantos, cantad los himnos; Dios ama un corazón valiente. Cantemos, pues nos es dado cantar; y el fogoso guerrero irá á combatir contra el atroz foragido del norte.

Y Madrid, Zaragoza, Gerona y mil ciudades; y los montes, los valles, las campiñas lanzan una chispeante mirada á sus hijos; y conmueven su alma, que entona así dulce recuerdo:

«Dos guerreros de sangre generosa salieron del cuartel, plantaron los cañones, vomitando mortífera metralla sobre el enemigo. Allí con la espada y machete ejercitaron el brazo, allí permanecieron extáticos, haciendo esfuerzos de heroísmo: reciben la muerte de mano impía; ¿qué importa?..... su ejemplo es imitado; otros jóvenes con robusto brazo y denodada bravura se lanzan al combate, y cuando sus ánimos se hayan aguerrido en la peléa, cuando los pequeñuelos hayan también crecido, caerán todos juntos sobre el enemigo; entonces su cólera será la tempestad, y recobrará el país su antiguo nombre y gloria.»

Así dijeron. Todos se arrojan al combate, y estrechándose entre los brazos y apretándose las manos, juran morir antes que cejar, anímanse con palabras de valor y de esperanza: y al retirarse la noche para ver

despuntar al nuevo día, salen uno á uno, cien á cien, y mil á mil para lanzarse á la lucha, de las casas, de los pueblos, de las ciudades, de los valles y campos dilatados.

Pasan los días, y uno de ellos al descender la noche oscura, los valientes llenos de fé en sus jefes se adelantan con las armas aguzadas y caen sobre el déspota, haciendo grave riza.

¡Ea, compañeros, gritan los campeones! vamos á los riscos, á la azulada montaña; ¿no veis allí sobre esa montaña, donde el sol se levanta, una oscura selva? de su fondo sale la voz de independencia. Subamos la colina á ver que se descubre. ¡Cuán terribles van á ser nuestras armas desde aquella altura!... Precipitémonos desde aquí sobre las cuadrillas del tirano imperial: ¿quereis destruir á ese hombre falaz? pisadle la cabeza, su cabeza voraz.

La multitud se esparce cual nube de tormenta; corren de izquierda y derecha: aquí se adelantan obedientes á la voz del prudente Castañón; acá animados por el valiente Mina; allá en Zaragoza á una señal del imperturbable Palafox, y del bravo Alvarez en Gerona.

Pasa el tiempo; los héroes estrechan de nuevo las manos jurando lealtad, y marchan contra el ejército del norte: todo ese ejército perecerá, todo de una vez.

Murat, Murat, hombre sin entrañas, esclavo de Bonaparte, di á Dupont, á Moncey y Lefebvre, dile á Sult y Duhesme que ya no les tememos, y que sus amenazas se desharán como niebla de verano... Y Murat se estremece de coraje, y llama á su amo, al odioso conquistador, con grito repentino. El cielo brilla en derredor del hispano con mayor reflejo, y en el fulgor del sol resplandece el rayo del furioso Marte: todos están prontos para la carrera, todas las manos para el ataque á la señal del jefe: y el franco tiembla.

Corred de flanco, ¡oh compañeros! hácia aquella parte, haced fuerte destrozo, nosotros vamos de frente: gritan los capitanes. Y se lanzan cual terrible avalancha, rompiendo las filas de los siempre *victoriosos*, porque no habian luchado con los bravos españoles!!... ¡Firmes! cui-



dado no se escapan: huyeron sin embargo, volviendo las espaldas á sus valientes heridas... Son los que rompieron nuestras leyes, los faltos de palabra, los destructores de nuestro hogar y de nuestro suelo, son los enemigos de nuestro culto santo: Dios nos promete la victoria.

Miradlos bien; una sonrisa feroz se escapa á los labios del déspota, que aun no crée lo que ve: muchos foragidos marchan contra nuestros hermanos. Nuestros jefes se adelantan contra el enemigo; se arrojan los soldados con ojos chispeantes: la tempestad se agita, y cual si en el bosque tronchara una y otra encina, un roble, un alto pino, así los nuestros hacen rodar cabezas, y cuerpos, y miembros mutilados. Un ejército choca contra otro, y como cuando una nave agitada por las olas cae sobre otra y la descuaja, también los nuestros marchan, y arrojan á los bravos del Sena.

Levantán los jefes las cortadoras espadas, y sus cuerpos les sirven de broqueles; son mas fuertes que el acero. Luchan jefes contra jefes; ¡ah! ¿quién llevará la mejor parte? el español no ceja, sostiénle su honor. Y caen exánimes los valientes galos, heridos por la espalda!

El hispano se estremece de júbilo en su ardor guerrero, y dice: ¡ah! lobos de los bosques, dragones de la selva, ¿como no luchais contra nosotros con la espada? la espada se rompe, y el cuchillo hará sus veces, y el cuchillo hiere el cuello y el pecho del francés: ¿cuándo viste tan de cerca á tu enemigo, ¡oh fatal turba de París! dicen los nuestros. Y de nuevo se inflaman, se buscan, cubren la tierra de muertos,... la sangre forma un lago, y del lago salta fuego al blandir de las espadas. Jamás un león ejerció mejor derecho sobre su presa!...

Y el sol brillaba en la mitad de su carrera; llegó la noche y aun duraba el combate, las chispas del acero alumbraron aquel campo. Luchan todavía indecisiva la victoria, y lucharán muchos días allí y en todas partes, hasta que el franco no pise nuestro suelo con planta inmundada, hasta que la víbora no emponzoñe con su impura baba.

Idos de aquí, ¡oh viles! ¿cómo! ¿queréis aun destruir nuestra patria? El español empuña el hacha, un martillo, una piedra; arrójala al galo

y este se desvía; aséstale al fin con certero golpe y hiere en la cabeza, en el pecho y al cobarde en las espaldas; cae este en tierra, revuélcase en su sangre,... el polvo le cubrió! Sucumbe su alma bajo el golpe de muerte, su alma se fué al fondo...

Un grito de horror salió de boca del enemigo; la alegría brilla en el rostro de nuestros guerreros, y una carcajada irónica salió de su garganta, repítese por todos los valientes: ¡terrible es su mirada!

¡Camaradas, dicen los caudillos. Dios nos da la victoria. Id unos por la derecha, otros á la izquierda; llevad los caballos á los valles, volad hasta los llanos; relinchan los caballos, levantan nubes de aquel honroso polvo: valiente es el ginete, ¡cuál vibraba su lanza! ¡Ea! exclamaba un jefe: león terrible de la fiel Castilla, es preciso no dejar al enemigo libre en la tormenta... Y el león se lanzó furioso crispada su melena, sobre la retaguardia, sobre el centro y la vanguardia. ¡Cuántos tigres pagaron con la vida su instinto sanguinario; ¡cómo el rapaz lobo pagaba su osadía!...

Y el cántabro y astur, el éuskaro y celtíbero acosan á la sañuda fiera, y embrazando el escudo y blandiendo su espada, corren al través de inaccesibles senderos contra el enemigo; ruge el opresor, más es fuerza que ceda.... Infúndenles espanto, y los echan del campo de batalla; un grito de terror embarga su garganta, ¡sin aliento caían sobre sus rostros!

Los caballos salen de los bosques, bufan en el valle, saltan en los llanos. A ellos!.... á caballo y contra el enemigo! dicen los caudillos: sacíenos nuestra cólera, repiten los ginetes.

Los caballos cierran y se chocan, y nadie retrocede: truena el cañón y los batallones, mezclándose en la lucha, agólpanse y arrollan al opresor infame. Llueve plomo, vomitan la metralla, cae sobre él el rayo destructor. ¡Qué golpes se oyen!.... blandéa la lanza, vibra terrible la espada, brilla el puñal: ¡cuántos cayeron sobre sus pechos arrojando impura sangre!... Arden los nuestros en ira, la llanura tiembla, conmue-

vense los montes, retumban los valles y las selvas; á la derecha, á la izquierda, de frente, todos huyen delante de los bravos!..

¡Corrió un río de sangre! como las olas se precipitan sobre las olas, así corre la multitud sobre la muchedumbre. Los rios sepultaron á muchos extranjeros, y á los hijos del país llevábanles sanos á la orilla; ¡cuántos francos tuvieron por cama el fondo de los rios, donde aun duermen un perpétuo sueño!..

Las hordas despavoridas huyen en todas direcciones como manadas de débiles cabras, cual desbandadas y tímidas palomas: precipítanse con ímpetu los guerreros de Hesperia; al través de los llanos se av lanzan furiosos sobre el pérfido huésped, que juró amistad y nos forjó cadenas, le derriban, le pisan y destrozan.

Bravos los nuestros á la puesta del sol, bravos á la pálida y argentada luz de la luna, bravos en medio de las tinieblas y pasada la noche, al amanecer con la rosada aurora, animados por la suave brisa de la mañana, cuando el sol tiende sus cabellos de oro sobre la tierra, y asesta sus lucientes rayos sobre las montañas!... bravos, siempre bravos.

Un rio muge fiero. Era el sagrado Betis, el astuto Guadiana, érase el Tajo de dorada arena, eran el Duero y caudaloso Ebro;... sus aguas saltan sobre las aguas, un ejército choca contra el otro, todos se precipitan al través de los fragosos rios, que se tragaban á muchos enemigos, salvando piadosos á los hijos de España.

Allí, sobre la cumbre parda, al lado del Pirene espera la última venganza; ¿y no estamos ya allí?... Mirad que escapan cual ciervos montaraces; rebaños de opresores huyen con baldón, dejémosles correr;... mas nó, marchemos presurosos: atajad sus pasos, no les deis descanso; perezca el invasor...

Aires de música marcial, cantos de guerra, himnos patrióticos se oyen por todos lados, animan al país, le agitan, le conmueven, excitan su indomable valor: la multitud vencedora se adelanta dando gritos de bélica alegría, y aniquila los últimos restos de las huestes galas: ya ninguno quedó!..

Españoles, mirad: las montañas se oscurecen con el polvo que levanta el déspota, al huir despavorido; ¡ah! Dios nos dió la victoria. Las almas de nuestros ilustres guerreros tranquilas descansan en la gloria, las de los impíos conquistadores vagan aterradas en la oscura región de olvido y del espanto. El galo tiembla hasta el fondo de sus mismas entrañas; el ibero no teme, la muerte le sonríe!...

Sepultad en las montañas los cuerpos de los francos, para que al verlos su patria se cubra de vergüenza; dad á los nuestros gloriosa sepultura, ¡cuán dignos son de honor! Tributad á Dios sublime ofrenda, cantemos himnos que sean de su agrado; y consagremos al Señor, á la patria y á sus héroes los despojos del enemigo, que sucumbe, con las santas enseñas de los valientes que vencieron... La gloria fué de Dios; la honra de España.

M. L.

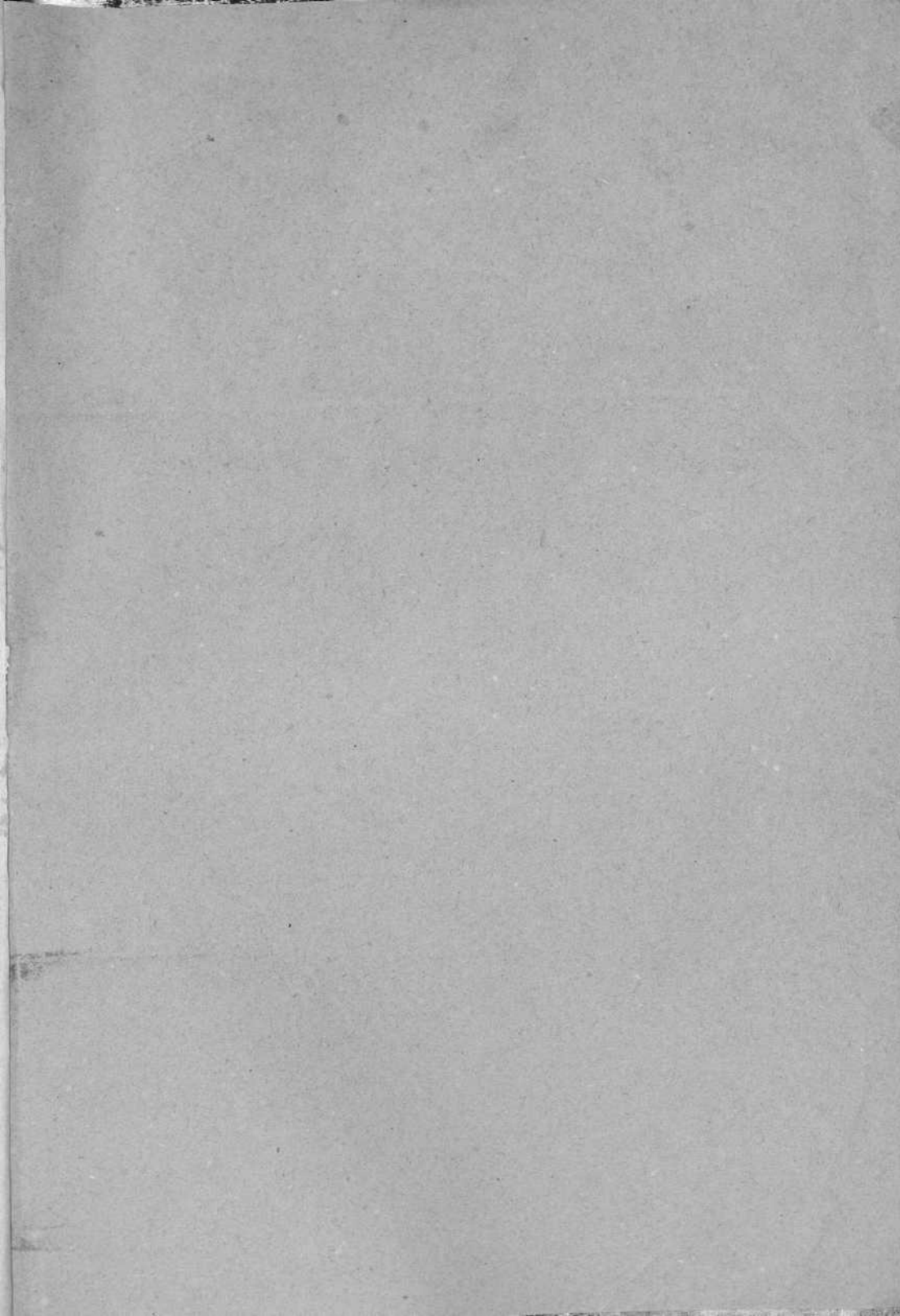
FIN.

ERRATAS PRINCIPALES.



PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
12	11	es lo.	<i>en lo.</i>
15	12	ligera.	<i>lijera.</i>
17	30	así á.	<i>así ha.</i>
23	8	tendries.	<i>tendreis.</i>
23	30	resulten.	<i>resaltan.</i>
29	18	antiguos.	<i>antiguos.</i>
32	5	labar.	<i>lavar.</i>
33	14	enernece.	<i>enternece.</i>
33	22	Astiaractes.	<i>Astianactes.</i>
37	10	Chateoubriand.	<i>Chateaubriand.</i>
45	13	Yocosta.	<i>Yocasta.</i>
45	17	bajo el.	<i>bajo la.</i>









R

20